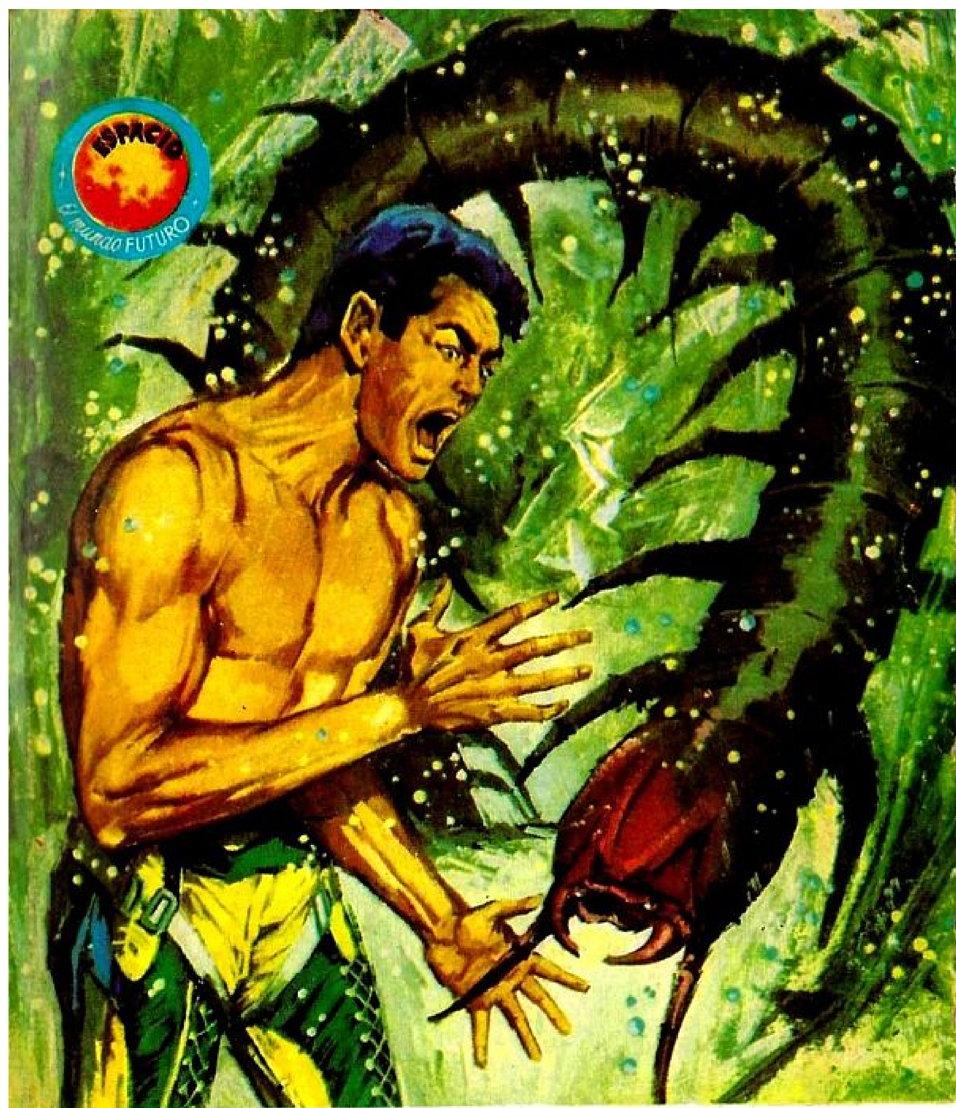


LOS INFINITÉSIMOS

PETER KAPRA

El doctor Dean Milko, del Instituto de Investigaciones Atómicas, de Powell Creek, Lago Wood (Australia), había pasado la mayor parte de sus cincuenta y siete años estudiando la composición de la materia, desentrañando los recónditos misterios del átomo y sus partículas, su morfología, los fenómenos magnéticos que componían su estructura, etc. Incluso había sentado cátedra con una novísima y revolucionaria teoría sobre el neutrino y el «antineutrino».

Ahora, en el silencio nocturno de su vasto laboratorio de física nuclear, accionando los mandos de su nuevo «disociador» de talio, acababa de realizar un asombroso descubrimiento.

¿Asombroso?



Peter Kapra

Los infinitésimos

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 354

ePub r1.0
LDS 04.11.18

Título original: *Los infinitésimos*
Peter Kapra, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

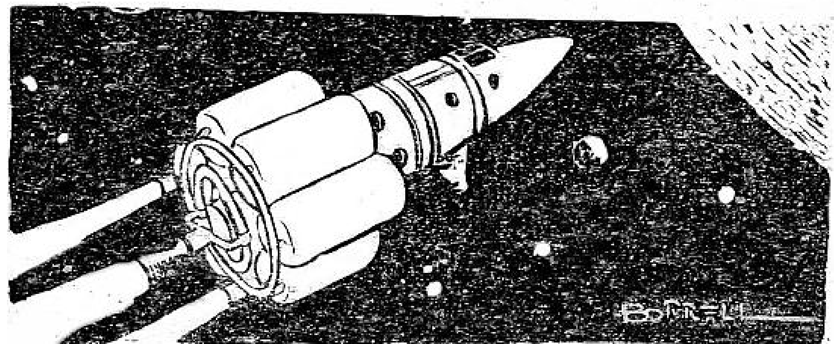


«… pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.

»Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos.

(San Pablo a los Corintios, 1.ª Ep. 13. 8. 9.)

LOS INFINITÉSIMOS



CAPÍTULO PRIMERO

Transcurría el siglo XXI…

El doctor Dean Milko, del Instituto de Investigaciones Atómicas, de Powell Creek, Lago Wood (Australia), había pasado la mayor parte de sus cincuenta y siete años estudiando la composición de la materia, desentrañando los recónditos misterios del átomo y sus partículas, su morfología, los fenómenos magnéticos que componían su estructura, etc. Incluso había sentado cátedra con una novísima y revolucionaria teoría sobre el neutrino y el «antineutrino».

Ahora, en el silencio nocturno de su vasto laboratorio de física nuclear, accionando los mandos de su nuevo «disociador» de talio, acababa de realizar un asombroso descubrimiento.

¿Asombroso?

En realidad, Dean Milko lo llamó de otro modo.

—¡Increíble! —exclamó sencillamente.

Veinticuatro siglos atrás, Arquímedes había gritado «¡Eureka!» con mucho menos motivo que el profesor Milko, amen, convertido en estatua, boquiabierto, desencajada la mandíbula y los ojos a punto de salírsele de las cuencas, repitió:

—¡Fantástico! ¡Inaudito!

Y, sin embargo, su descubrimiento no era fruto de la casualidad. Era, sin lugar a dudas, el resultado directo de muchos años de estudios, de meticulosas comprobaciones y de repetidos análisis a través de infinitas horas manejando comprobadores atómicos ultrasensibles.

—¡Lo he conseguido! —añadió en voz alta. Y sus palabras sonaron de modo lúgubre en el vacío laboratorio—. He logrado

distanciar de modo proporcional los electrones de los neutrones, aumentando el tamaño de los átomos… ¡Y la disociación puede ser reactiva progresivamente, aumentada hasta límites insospechados! ¡Puedo aumentar el tamaño de las cosas!

Dean Milko se dejó caer en el asiento reclinable que tenía ante el «disociador». Sintió que su frente se cubría de copioso sudor frío y se estremeció. Luego, como un cazador furtivo al entrar en un coto vedado, miró con recelo a su alrededor.

Sí, el laboratorio estaba desierto.

Sus ayudantes no acudirían hasta las ocho de la mañana siguiente. Ruhmkorff, como era habitual en él, llegaría el primero. Pero, en aquel momento, eran poco más de las doce de la noche.

Permaneció unos minutos con la mirada perdida en el vacío y, de pronto, se puso en pie y se acercó al tablero de control del «disociador» de talio. Con el cuidado y el mimo con que una madre acaricia a su hijito, fue cerrando todos los conmutadores, desconectando los circuitos, inmovilizando, en una palabra, los tentáculos electrónicos que accionaban aquel moderno reactor nuclear.

Luego, con paso mesurado, se dirigió al fondo del laboratorio, donde había un muro de cristal corredizo, a través del cual se podía ver perfectamente un complicado cerebro electrónico.

Entró en aquel lugar de temperatura inalterable y cerró la puerta. Minutos después, el sabio Dean Milko estaba enfrascado en una serie de complicados cálculos, los más sencillos de los cuales habrían ocupado a Einstein algunos años de su vida más fecunda de matemático y pensador.

El «supercerebro», también conocido como «Niels Bohr II», dio a Milko la respuesta que buscaba, cosa de media hora más tarde. Y lo hizo sin esfuerzo, encendiendo y apagando sus «ojos mágicos» y luces intermitentes, y dando un resultado, a juicio de Milko, afirmativo.

Aquel cálculo habría empleado a un equipo de matemáticos, compuesto por veinte hombres, durante más de quinientos años, si esto hubiera sido posible. En cambio, «Niels Bohr II» tardó poco más de media hora en dar su respuesta al profesor Milko.

Las manos del hombre temblaban al examinar la cartulina de plástico, en la que la máquina había realizado infinidad de taladros.

Sus ojos bizquearon y su mandíbula parecía temblar.

—Sí… ¡Sí, es factible! ¡En mi descubrimiento está el poder de aumentar incluso el tamaño del universo! ¡Puedo convertir el átomo en un sistema planetario de la magnitud de nuestro Sistema Solar! ¡Se acabó la teoría de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño!

Dean Milko fue a un rincón, en el que había una botella de agua, y abrió el grifo, para llenar un vaso hasta casi rebosar y del que bebió con avidez. Su descubrimiento le había dejado la boca seca.

Su cerebro era poco menos que un caos. Mil y una ideas se atropellaban formando un torbellino sin orden ni concierto.

—Puedo empezar ahora mismo a disociar los átomos. El aumento se transmitirá en reacción primaria a los demás átomos. Se producirá una transmisión expansiva, la cual se moverá a la velocidad de la luz y… ¡todo empezará a aumentar de tamaño…! ¡Incluso yo mismo!

Dean Milko se miró las manos. Se tocó el rostro con ellas. Luego se miró en un espejo que había en el lavabo contiguo.

—¡Hasta puede que ya esté aumentando! ¡Puede que todo cuanto me rodea, la materia, sea ya unas centésimas más grande, más alto más ancho…! ¡El edificio, el vaso, el reloj…! ¡Todo puede haber aumentado de volumen!

Retrocedió unos pasos, como asustado. Un nuevo pensamiento se le había ocurrido.

«Si todo aumenta de tamaño, gracias a la disociación atómica, ¿cómo voy a comprobarlo? ¿Cómo demostrarlo? En medidas, por ejemplo, el patrón-metro aumentará también, así como todas las unidades de medida… ¡Oh, que fracaso!».

Dean Milko retrocedió hasta dar la espalda a «Niels Bohr II». Allí se detuvo, frotándose el mentón. Dentro de su cavidad craneal, una palabra, una idea, estaba golpeando machaconamente, adquiriendo forma concreta.

«Anti… Antídoto… ¡Antiseparación! ¡Antidisociación!».

—¡Eso es! —vociferó. Y su voz recia, grave, fue a golpear contra los muros de cristal que le rodeaban—. Necesito encontrar un medio para que algo quede en su tamaño primitivo… ¡Algo que no crezca, que no aumente!

A la derecha de «Niels Bohr II» había un tablero de trabajo

adosado al muro, sobre el que había gran profusión de cartulinas de plástico taladrados. Eran las respuestas del «supercerebro» electrónico. También había un sillón giratorio, y a él fue a sentarse Dean Milko, para sepultar la cabeza entre las manos.

Así lo encontró su ayudante Ruhmkorff cuando acudió al laboratorio a la mañana siguiente.

Dean Milko no había dormido en toda la noche.

* * *

La sociedad técnica del siglo XXI no había podido extirpar o deshacerse del mal. Ambiciosos, delincuentes, malhechores y psicópatas inadaptados seguían siendo tema de estudio para juristas y psiquiatras, aunque la protección social, sin duda, había avanzado mucho.

El criminal, como ente patológico, había desaparecido casi por completo, como, había desaparecido la inestabilidad cívica. Normas rígidas controlaban a los habitantes del planeta y cada individuo sabía perfectamente cuál era su deber o su derecho.

Empero, de tarde en tarde, alguien se «salía» de su norma de conducta, y los servicios de protección civil intervenían con sus métodos casi infalibles. El delincuente, al ser capturado, era sometido a una operación cerebral, y después volvía a ser puesto en libertad, aunque ya quedaría controlado para toda su vida y cuanto tuviera un mal pensamiento sería detenido y no podría realizar el delito.

Pese a todo esto, un hombre vivía al margen de la sociedad, incontrolado, y en su mente sólo se albergaban ideas de desmesurada ambición.

Este sujeto, joven, bien parecido y de refinados modales, era un caso especialísimo. Había nacido en un albergue turístico, en Tanganika, treinta años atrás… ¡Y no estaba registrado en ninguna parte!

Era un ciudadano desconocido: ¡un incontrolado! Se hacía llamar Dorman Heale, y con frecuencia cambiaba de nombre, de identidad y de personalidad. Además, viajaba constantemente con profesiones inventadas por él, y se sometía a continuas operaciones de cirugía plástica para borrar su rastro.

Dorman disfrutaba robando al prójimo y solía hacerlo a gran escala y de un modo científico. Ponía especial cuidado en su trabajo y dedicaba una meticulosa atención a sus «operaciones». Se podría decir, y esto era cierto, que jamás dejaba nada al azar, pues para llevar a cabo una «operación», dedicaba el tiempo que fuese preciso.

También era cierto que Dorman Heale no buscaba sus golpes, sino que se los encontraba. Tenía dinero suficiente para viajar por el mundo e iba de un lugar a otro, protegido por sus supuestas actividades, hasta que surgía el «negocio». Entonces, Dorman Heale se dedicaba de lleno a él, hasta conseguir que el botín pasara a su poder.

Pues bien, así fue cómo Dorman Heale encontró el negocio más fabuloso de su carrera delictiva.

Había llegado a Nueva Melbourne, la fantástica ciudad metílica del continente australiano, y estaba dedicado a divertirse en los espectáculos de la urbe, alojado en un suntuoso hotel, cuando conoció a Monna Milko, hija del célebre profesor de Física Atómica del Instituto de Powell Creek.

Fue un encuentro casual, fortuito, en la terraza de un lujoso restaurante, cuando Monna salía por la entrada rodante y Dorman entraba.

Al ver a la preciosa muchacha —¡en verdad, Monna era una joven de una belleza nada común!—. Dorman cambió de idea y pasó de una cinta a otra, sonriendo.

—Señorita, permítame que me presente. Dorman Heale, norteamericano de vacaciones, deseoso de entablar amistad con las bellas señoritas australianas.

Monna no pudo por menos que sonreír. Pero dijo:

—Por favor, señor. Estoy prometida.

—¡Es la desventura más grande que ha podido sucederme en la vida! Sin embargo, permítame acompañarla y ser de usted su más rendido admirador.

—No es correcto que un caballero aborde a una chica de ese modo, señor Heale.

—¿Y cómo debe comportarse el hombre que encuentra de súbito a la mujer con quien siempre ha soñado? ¿Cree usted que es correcto eso de fotografiarla y pedir informes de ella al Instituto de Orientación Social? Una vez, por curiosidad, lo hice y me

respondieron que la señorita por la cual estaba interesado era una respetable abuelita que…

Monna Milko sonrió, dando así pie a que Dorman continuase a su lado, hasta que llegaron al aparcamiento aéreo de turbodiscos.

—Soy forastero en Australia, señorita. Si usted fuese tan amable de orientarme.

—¿Por qué no va a la Oficina de Información Turística? —replicó Monna, divertida.

—Los organismos burocráticos están atendidos siempre por deleznables e impresionables robots, que, con voz mecánica y fría, responden siempre de un modo aburrido. Me produce alergia preguntar a un robot.

Monna volvió a sonreír y preguntó:

—¿Y qué desea usted saber, por ejemplo?

—Pues… ¿Dónde se suele llevar a una chica, a la que se conoce por vez primera, y a la que se pretende obsequiar, invitándola a tomar algo?

—Por favor, señor Heale —respondió Monna, muy seria—. Le he dicho que estoy prometida. Mi novio es consejero del «International Bank» y es muy…

¡En la mente de Dorman Heale se produjo un chispazo neuromagnético!

—¡Oh! —exclamó—. Yo tengo cuenta en ese banco. Vea usted cómo poseemos intereses comunes… Me agradaría conocer a su novio.

—Precisamente voy a verle ahora.

—En tal caso, permítame que la lleve en mi vestuto «carrito». Aprovecharé la ocasión para retirar algún dinero de mi cuenta corriente. Y no puede usted negarse. —Dorman sonrió de un modo inteligente—. Si me enoja, presentaré una queja contra su prometido.

—¡No, por Dios! —exclamó ella, fingiendo susto.

El «carrito» de Dorman Heale era un «superbólido», último modelo, que hizo abrir la boca a Monna, con estupor.

—¿Es… es suyo? —preguntó, al llegar a donde estaba aparcado el vehículo.

—¿Y qué creía usted? ¿Qué voy por el mundo a pie? ¡Vamos, señorita! Poseo una considerable renta, y no me jacto de ello. Mi

padre es asesor del gobierno africano y yo soy… Bueno, digamos que soy un hijo aprovechado. Pero no soy mala persona… Aún no me ha dicho usted cuál es su nombre.

—Monna Milko. Mi padre es profesor de Física Atómica, y mi novio es Abi Rabsari.

—¡Le conozco, caramba! —prorrumpió Dorman—. Le conocí el otro día en el banco. ¡Qué casualidad!… Nada, nada. Es el destino quien nos une, señorita. Suba.

Al tocar un disimulado pulsador, en la aerodinámica carrocería del «superbólido», se descorrió la portezuela y Monna pudo ver el lujoso interior y los cómodos asientos de espuma de «fibrex-climax», en los que uno se creía sentado sobre una nube de algodón.

—¡Debe de costar mucho dinero!

—Mil créditos internacionales. Está construido en Marte. ¿Le gusta, Monna?

—¡Es maravilloso!

La muchacha subió al vehículo y se dejó caer en el asiento contiguo al del conductor.

Dorman subió también, pasando por detrás de ella y comentó:

—Con esto puede ir al «hiperespacio», si lo desea. Está adaptado al aire y al vacío, posee despegue multidireccional, desarrolla una escala automática de velocidades que van a cero hasta cincuenta «mach», y en su interior posee campos antigravitatorios tan formidables que no se notan para nada las violentas aceleraciones. ¿Quiere subir a la ionosfera en un minuto?

—¡Oh, no, señor Heale! Vamos al «International Bank», por favor.

—Atienda. Voy a conectar el piloto automático. Empujaré esta palanca y fijaré la distancia. Antes de que cuente tres, abriré la portezuela y estaremos en la terraza helicoidal del «International Bank».

—¡Maravilloso «carrito», señor Heale! ¡Pero mil créditos es muchísimo dinero!

—No lo crea. En lenguaje corriente viene a ser como el sueldo que percibirá su novio de usted durante toda su vida.

—¿No es usted un poco fanfarrón, señor Heale?

—Sí, es cierto. Me duele confesarlo delante de usted, pero… ¡Ah, ya hemos llegado!

La puerta se descorrió en silencio y Monna se vio en la superficie metálica del aparcamiento helicoidal del famoso edificio de Nueva Melbourne: el «International Bank», con sucursales en más de un millón de ciudades en la Tierra y planetas del Sistema.

Un ascensor antigravitacional les dejó en unos minutos en el enorme vestíbulo de la planta baja, donde Monna se dirigió, acompañada por el untuoso y galante Dorman, hacia un mostrador «flotante» —se trataba de una repisa suspendida a la altura del pecho de una persona normal y sostenida por un campo magnético infranqueable—, detrás del cual había más de cien tubos catódicos de visiotelefonía.

Al acercarse a uno que estaba libre, la pantalla se iluminó y una hermosa señorita apareció en ella, sonriendo.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Deseo ver al Consejero Abi Rabsari. Soy Monna Milko.

—Inmediatamente, señorita Milko… Hablen.

De la pantalla desapareció el rostro de la telefonista y en su lugar surgió una faz morena, de ojos grandes y grises, boca de labios finos y mandíbula cuadrada.

—¡Hola, Monna, cariño! Enseguida, estoy contigo. ¿Quién es…? ¡Pero si es el señor Heale!

—¿Qué tal, señor Rabsari? He conocido a su prometida al salir del «Brongo’s» y la he traído en mi carrito. Llevábamos el mismo camino.

—Es muy amable el señor Heale, Abi —intervino Monna—. Un poco jactancioso, si quieres.

—Me acusa de alardear de opulento, señor Rabsari. ¿Es muy grave el delito?

—¡No, por los satélites de Júpiter! —respondió Abi Rabsari, en la pantalla visora—. Opulento no es quien quiere. Y te digo que un gesto de su mano vale muchos miles de créditos, Monna.

—Gracias, señor Rabsari —añadió Dorman, sonriendo—. Por su gentileza, voy a invitarles a comer a los dos en el «Hulligan-X»… ¡No pueden negarse o incurrirán en mi enojo!

—De ningún modo —se apresuró a decir Abi Rabsari—. Mi prometida y yo aceptamos complacidos.

Cinco minutos después, Abi Rabsari, Monna Milko y el

jactancioso, alegre y desenvuelto ladrón, se encontraban en la cúspide de la torre más alta de Nueva Melbourne, en el «Hulligan-X», el restaurante más distinguido y moderno de la metrópoli australiana.

—Le felicito a usted, Rabsari, por tener una novia tan bonita —dijo Dorman, al sentarse—. ¿No habría modo de quitársela?

Abi sonrió y contestó:

—No soy celoso, pues lo considero un viejo anacronismo, pero opino que en la guerra o en el amor todas las armas son lícitas. Y por eso le digo: si quiere usted quitarme a Monna, tendrá usted que matarme.

Dorman rió y dijo, inclinándose sobre el micrófono del camarero electrónico que había en el centro de la mesa:

—Por favor, pongan veneno activo en el cubierto del Consejero Rabsari.

Aunque el joven aludido también rió, por educación, la broma no le hizo mucha gracia. Tomó la mano de Mona y preguntó:

—Querida, ¿me dejarías para irte con el señor Heale?

—¡Jamás!

—En tal caso —añadió Dorman—, renuncio a usted; señorita. Y lo hago con harta tristeza, créanme. No obstante, permítanme ambos que me considere como su más sincero amigo.

Desde luego, para ser un criminal, a Dorman Heale no le faltaban modales desenvueltos y elegantes. Y esto era debido, precisamente, a la insólita profesión que había adoptado.

En realidad, Dorman se había propuesto conseguir a Monna Milko, amén de robar las complicadas arcas de la sucursal en Nueva Melbourne del «International Bank». Y para conseguir ambas cosas, estaba dando los primeros pasos y haciendo las primeras gestiones.

Monna y Abi iban a facilitarle las cosas.

CAPÍTULO II

Ser Consejero del International Bank en Nueva Melbourne era tanto como ser secretario de Relaciones Públicas en cualquier empresa actual de magnitud internacional. Era un buen cargo, bien remunerado y para el que se requería tener mucho tacto, diplomacia y grandes estudios financieros.

Abi Rabsari había conseguido el cargo por medio de reñidas oposiciones, a las que se presentaron cinco mil aspirantes para cubrir una sola plaza vacante. No es necesario decir que Abi era un superdotado; pero, aun así, jamás creyó conseguir el puesto.

Sin embargo, se lo dieron y el joven empezó a cobrar los dos créditos mensuales que le permitían vivir como un pacha, tener su autobólido y su apartamiento. Y, por si fuese poco, Abi Rabsari quería casarse y formar una familia.

Así se lo dijo al profesor Milko, una noche, mientras cenaba en casa de su novia, en Powell Creek.

—Nuestra intención es casarnos cuanto antes, profesor.

—Me parece muy bien, hijo. Ya le dije a Monna que yo no intervendré en nada. Como todo padre, deseo la felicidad de mi hija. Pero esto es algo que ella debe buscarse. Si Monna está de acuerdo, yo no tengo inconveniente.

—¡Gracias, papaíto querido! —exclamó Mona, inclinándose sobre el profesor y besándole la mejilla—. Eres muy bueno.

La señora Milko, mujer de cuarenta y cuatro años, que bien hubiera podido pasar por hermana de su propia hija, gracias a los constantes cuidados de su esbelta figura y agraciado rostro, sonrió complacida y se inclinó hacia Abi Rabsari.

—Estoy muy contenta, Abi. Eres el hombre ideal para nuestra única hija. ¿Os quedaréis en Nueva Melbourne?

—Sí, claro. Allí tengo mi trabajo. Más no estaremos lejos de Powell Creek. A un tiro de piedra, como quien dice. —Abi sonrió a su futura suegra y continuó comiendo las delicadas algas «biotónicas» que el robot doméstico había servido con pequeños y dorados tubérculos.

—Yo sé que a papá sólo le interesan sus experimentos de física nuclear, Abi —intervino Monna, radiante—. Pero debes explicarle cuál es tu trabajo en el banco… ¡Abi es Consejero!

—¿Y qué importa eso? —preguntó Abi—. ¿A quién puede interesar lo que hago? Toda mi labor se reduce a recibir a miles de cuentacorrentistas y aconsejarles el modo más ventajoso de invertir su dinero.

—Para eso hay que ser un experto economista, ¿no es así? —inquirió el profesor, sin interés, y más bien por complacer a su hija.

—Desde luego. Si me equivoco en mis consejos podría perder el puesto.

—¿Y cómo lo hace para no equivocarse? —interrogó la señora Milko, interesada.

—Verá… Estoy al corriente de las bolsas de todo el Sistema. Dispongo de máquinas electrónicas, manejadas por robots; que me informan cada día de las bajas y alzas de los mercados e industrias. Es una labor ingente, sin duda, pero los ayudantes me la presentan reducida a simples gráficos. Si alguien requiere mis servicios, yo le oriento y jamás me equivoco. Las finanzas, hoy día, son una ciencia exacta… ¡Pero, por Dios, no hablemos más de mí! ¿Por qué no nos explica el profesor Milko cómo van sus experiencias en la disociación atómica?

Dean Milko dio un respingo y se volvió vivamente hacia el joven.

—¿Y cómo sabe que trabajo en eso?

—¡Ah, profesor, mis informaciones financieras están relacionadas también con las investigaciones científicas! No me pregunte cómo obtienen sus informes los agentes del «International». —El caso es que lo sabemos. Pero puedo asegurarle que no hacemos ningún mal uso de los datos que pasan por nuestras manos.

—¡Oh, querido Abi! —Prorrumpió con vehemencia la señora Milko—. Has dejado aturdido a Dean.

—Sí. No suponía yo que en mi laboratorio hubiera empleados desleales —rezongó Milko.

—No lo considere una deslealtad, profesor —atajó Abi—. Yo no sé quién facilita al banco los informes.

Proceden de muchas fuentes, y quizá haya sido usted mismo quien los ha proporcionado.

—¿Yo? ¡Imposible! En mi laboratorio trabajan doce personas, y sólo dos sabemos la verdad: Ruhmkorff y yo. Y puedo asegurar que yo no he hablado con nadie.

Dean Milko parecía enojado. Pero supo hacer honor al prometido de su hija, olvidándose de la ligera indiscreción, y la velada resultó lo grata que cabía esperar.

Abi Rabsari estaba considerado ya como de la familia. Además, ¡era un joven tan agradable!

* * *

Al despedirse de Monna, en la terracita de flores artificiales de la resistencia de los Milko, Abi Rabsari se ciñó el ajustado sobretodo, corrió el cierre de la cremallera magnética y se dirigió a donde tenía estacionado el autobólido.

Subió a él, deleitado aún por el beso de despedida que le diera Monna, y se sentó ante los mandos. No notó el leve efluvio que flotaba en el ambiente, como tampoco el esbelto autobólido que, a marcha muy lenta, sin hacer el menor ruido, surgió de entre unos frondosos árboles y se acercó a donde él estaba.

Abi Rabsari conectó el motor, empujó el arranque automático y el vehículo despegó del suelo, ascendiendo verticalmente a unos veinte metros, para luego emprender el vuelo horizontal hacia Nueva Melbourne.

Sin embargo, el Consejero del «International Bank», sin darse cuenta de nada, inclinó la cabeza y quedó sumido en un suave sopor.

Casi al instante, el otro autobólido, volando por encima del suyo, se acercó. Era un vehículo mucho mayor, más rápido y más fácil de manejar, ¡y estaba pilotado por Dorman Heale!

Durante unos minutos, los dos aparatos estuvieron volando juntos en la noche, de modo que el conducido por el ladrón

internacional llegó a situarse exactamente sobre el de Abi. Luego, cuatro brazos metálicos articulados surgieron bajo el fuselaje del autobólido de Dorman, para «succionar» el vehículo de Abi.

Una poderosa corriente magnética atrajo el aparato del Consejero, uniéndolo firmemente al otro, a la vez que se apagaban sus motores. Dentro, Abi Rabsari estaba profundamente dormido, ignorante de cuanto sucedía en torno a él.

Dentro de su poderoso autobólido, mientras observaba una pantalla visora de rayos infrarrojos, Dorman Heale sonreía satisfecho. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa y murmuró:

—El plan ha dado resultado… Ahora, amigo Rabsari, haremos juntos un corto viaje al espacio exterior y visitaremos una vieja plataforma de lanzamientos espaciales, en la que mi fiel Tanaak ya debe estar esperándome.

Dorman empujó suavemente una palanca cromada y un débil silbido se escuchó dentro del aparato. Para cualquier observador que hubiese podido ver en la oscuridad de la noche, el autobólido y su presa desaparecieron en una fracción de segundo, ascendiendo hacia las estrellas sin dejar detrás ningún rastro.

La verdad era que Dorman Heale sabía hacer bien las cosas. Antes de hacerlas las meditaba con cuidado.

Y luego, las realizaba con mayor esmero. Jamás dejaba nada al azar.

Diez minutos más tarde, tras haber recorrido una distancia de dos mil quinientos kilómetros, y ya fuera de la capa atmosférica de la Tierra, el autobólido de Dorman disminuyó su velocidad, al entrar en funcionamiento unos dispositivos antigravitatorios, y fue a situarse junto a una antigua plataforma en desuso, de donde años antes habían partido las cosmonaves «Unions» en sus emotivos viajes siderales por los planetas del Sistema. Ahora, las naves cósmicas salían de plataforma especiales, en la superficie de la Tierra, y las estaciones orbitales habían sido abandonadas.

Cuando el autobólido y su presa se posaron suavemente en la plataforma, maniobra que Heale había estado observando a través de su pantalla de rayos infrarrojos, en un compartimiento contiguo de la plataforma centelleó una luz blanca.

«Ahí está Tanaak», se dijo Dorman.

El autobólido se detuvo, por fin, y una cúpula empezó a

desplegarse sobre él. Dentro de unos minutos, Dorman podría salir de su aparato sin temor a morir asfixiado. Al cerrarse la cúpula, Tanaak pondría en marcha la atmósfera artificial.

Así fue. Cinco minutos después, cuando Dorman terminaba de fumarse un cigarrillo, se oyó un golpe en la carrocería.

—¿Ya está, Tanaak?… Bien, abro.

Empujó el conmutador y la portezuela se abrió. Fuera, sonriendo, había un hombre alto, de facciones correctas y agradables, complexión atlética y cabellos cortos y broncíneos.

—¿Qué tal, jefe? —preguntó.

—Muy bien, Tanaak. Veo que te has arreglado muy bien la cara. Estás muy favorecido. Te felicito.

—Usted tampoco está mal, señor Heale. Pero dejemos de adularnos mutuamente y vamos al asunto. ¿De qué se trata ahora?

—De la sucursal del «International Bank», de Nueva Melbourne.

El guapo Tanaak, ídolo de las playas de moda de Grecia y África del Norte, dejó escapar un silbido de admiración.

—¡Demonios en conserva, jefe; es usted el hombre más audaz; que he conocido en mi vida! ¿Y oree que es posible conseguirlo?

—No lo sé todavía, Tanaak. De momento. —Dorman señaló al apresado autobólido de Abi Rabsari—, ahí tengo a uno de los Consejeros del «International Bank». Y un «sondeo» encefaloscópico de su mente nos será muy útil. ¿Has traído lo que te pedí?

—Sí. Todo está preparado y conectado a las saterías solares. Lo he instalado en la cabina insonorizada que debió ser del ingeniero jefe.

—Pues ayúdame a llevar al señor Abi Rabsari. Creo que ha inhalado suficiente dosis de «ammonio» como para dormir a un elefante.

Abrieron la portezuela del autobólido de Abi y encontraron a éste sentado cómodamente en su asiento, con la cabeza doblada sobre el pecho y respirando coa normalidad.

—¡Está como un tronco! —dijo Tanaak.

—Ayúdame a sacarlo.

Entre los dos elegantes y distinguidos delincuentes agarraron a Rabsari y lo sacaron de su vehículo, llevándolo hacia una especie de escotilla, por donde se podía descender al interior de la plataforma. Una rampa les llevó a una nave en la que se veían viejas máquinas

que parecían nuevas por completo, dado que en el espacio no existe viento ni lluvia que deterioren los objetos, ni siquiera polvo, entre las que avanzaron hacia la puerta abierta de una cabina. Allí, sobre una mesa, había una caja metálica de la que salían cables y electrodos, y, junto a ella, un asiento reclinable que podía ser convertido en camilla.

Allí depositaron a Rabsari, con gran cuidado.

—Cierra la puerta, Tanaak.

El aludido obedeció, mientras Dorman examinaba los oscilómetros de la extraña caja, sus cables y los electrodos.

—Todo está igual que cuando lo utilizamos con aquel agente de seguridad en México, Dorman —explicó Tanaak.

—Sí, ya lo veo.

Dorman Heale, muy serio, se inclinó sobre el dormido Abi Rabsari y le tentó la cabeza. Bajo el cabello, sobre las sienes, la frente y adosado al occipital, depositó varios electrodos, los cuales iban provistos de una substancia adhesiva. Dorman estudió los cables y los enchufó en las ranuras correspondientes de la caja. Esta operación duró pocos minutos, pues, al parecer, Dorman Heale era un experto en «sondeos» encefaloscópicos.

—Ya está, Tanaak. Ahora, presta atención y no te pierdas ni una sílaba. Más tarde cambiaremos impresiones.

Dorman movió un conmutador y la caja metálica empezó a zumbar suavemente. Acto seguido, se acercó al dormitorio Rabsari y se inclinó sobre él. Lo mismo hizo Tanaak, mientras fumaba un cigarrillo de «opium-tabaco».

—¿Me oye, señor Rabsari? —preguntó Dorman, en voz baja.

—Sí, perfectamente. ¿Con quién hablo? —respondió el dormido, sin abrir los ojos.

—Soy el inspector Muthra Rahobot, del «International Bank». ¿No me conoce usted?

—¡Ah, sí, señor inspector! ¡Discúlpeme, se lo ruego! ¿En qué puedo servirle?

—Necesito una aclaración acerca de los sistemas de seguridad que tienen las cajas de caudales de la sucursal de Nueva Melbourne. No estamos convencidos de que sean completamente eficientes.

—Lo son, señor inspector —habló Rabsari, entre sueños—. En primer lugar, están situadas a mil metros de profundidad, en medio

de un campo de isótopos radioactivos infranqueable. Además, están construidas de acero al actinio de seis metros de espesor, lo que prueba la imposibilidad de ser taladradas desde el exterior. El sistema de acceso a ellas, mediante ascensores neumáticos, está rigurosamente controlado por los computadores robóticos y la vigilancia es constante.

—¿No puede existir ningún fallo en la vigilancia? —preguntó Dorman.

—¡Imposible! —contestó Rabsari—. Los accesos están siempre herméticamente cerrados por dispositivos telegobernados en el computador del tiempo. Nadie, absolutamente nadie, sabe en qué momento han de ser presionados los mandos. Sólo el cajero general y sus ayudantes reciben el aviso en el momento oportuno y pulsan los controles de puertas, ascensores y túneles. Se les mide el tiempo hasta en centésimas de segundo y deben de actuar con una precisión increíble. Pierda cuidado, señor inspector. Nuestro sistema de seguridad es perfecto.

—Pero ¿no hay algún modo de entrar y salir de las cajas sin ser descubierto?

—Para eso se necesitaría ser una hormiga, señor inspector. Y no creo que las hormigas se dediquen a robar al «International Bank». ¿Existe algún ladrón que no esté controlado por los agentes de seguridad social?

—No, desde luego que no —contestó Dorman Heale, sonriendo a Tanaak, quien también esbozó una sonrisita a través del humo de su cigarrillo—. La sociedad moderna ha acabado con los delincuentes. Sin embargo, nosotros queremos cerciorarnos bien de que todo está en regla. Dentro de unos días iré a visitarles, señor Rabsari. Deseo comprobar por mí mismo lo que me ha dicho usted.

—Le esperaré, señor inspector. Será usted muy bien recibido. Sin embargo, señor, hay algo que puede llevarnos a la necesidad de cambiar nuestros actuales sistemas de seguridad.

—¿Qué quiere usted decir, consejero Rabsari?

—Me refiero a los experimentos de disociación atómica que está realizando, en Powell Creek, mi futuro suegro. Según se nos ha informado, el profesor Dean Milko estudia el modo de aumentar el volumen de los átomos en un campo ilimitado.

—¿Y bien? —preguntó Dorman, interesado.

—Si esa experiencia se realiza, resultará que todo aumentará enormemente de tamaño, en una expansión progresiva… Yo pensé que un intersticio que aumenta constantemente de tamaño, por pequeño que sea, puede convertirse en una puerta gigantesca.

—¿De veras? Hábleme de esos experimentos del profesor Dean Milko. ¿Quién le ha informado a usted?

—El profesor Ruhmkorff, ayudante de mi futuro suegro, el cual no sabe nada de ello. Ruhmkorff nos pidió un pequeño crédito económico. Y, como quedó al descubierto al vencer la deuda, se la perdonamos a cambio de información. Ya sabe usted que se hace con frecuencia, para alimentar el servicio de orientación financiera. Pues bien, Ruhmkorff está convencido de que Dean Milko tendrá éxito en su prueba. ¿Imagina usted lo que supondrá eso?

—No le veo la dificultad. ¿Quiere aclarármelo? —inquirió Dorman.

—Verá. Mientras el volumen de los átomos aumente en todo el ambiente que nos rodea, no ocurrirá nada. Ni siquiera nos percataremos de que estamos aumentando de tamaño, porque todo cuanto nos rodea sufrirá el mismo proceso. Pero… ¿y si el doctor Milko, como sabemos, encuentra el antidisociador que anda buscando para poder demostrar su teoría?

—¿En qué consiste ese antidisociador?

—Muy sencillo. En algo o alguien que se conserva inmune al aumento de volumen de la materia-energía de que estamos compuestos. O dicho de otro modo, y a la inversa, ¡de algo o alguien que empequeñece ante los demás!

—¿Quiere decir que el disociador aumenta el volumen de los cuerpos físicos y el antidisociador los conserva como son? —inquirió Dorman Heale, interesado de verdad.

—Exactamente. Es igual que si nosotros nos conservarnos como somos y alguien se hace tan pequeño que desaparece de nuestra mirada.

—¡Caramba! Y un individuo así… ¡Claro, podría llegar hasta las cajas de seguridad del banco!

—Ésa es una de las utilidades prácticas que yo he previsto. Pero se puede utilizar para muchas otras aplicaciones. Por ejemplo, imagínese que, por ese medio, un cirujano podría penetrar en el cuerpo del enfermo y examinar las dolencias interiores del

organismo, las causas de las indigestiones, la mala circulación de la sangre, puesto que, provisto de equipo aislante, podría recorrer el interior de las venas y arterias y llegar al propio corazón.

—¡Fantástico! —exclamo Dorman Heale, boquiabierto.

También el ídolo de las mujeres en las playas de moda del Mediterráneo escuchaba atónito aquellas palabras, sin querer creer en ellas. ¿Era posible que alguien pudiera empequeñecer hasta el extremo de poder penetrar en el cuerpo de otro hombre y pasearse tranquilamente por las venas, arterias o por los intestinos o el estómago?

Por su parte, Dorman Heale estaba sopesando las posibilidades de utilizar el descubrimiento del profesor Milko. Y pronto encontró la primera dificultad.

—Sí, sí. Un individuo tan pequeñito como el que usted explica podría penetrar en nuestras cajas de seguridad. Pero ¿qué podría llevarse? Ni mil de esos hombres infinitesimales podrían mover una sola de nuestras barras, de platino.

—Cierto —respondió Abi Rabsari—. Sin embargo, podría llegar al interior de las cajas y, una vez allí, recobrar su estatura normal y esperar la llegada del cajero y sus ayudantes.

—Sí, no había caído en eso —murmuró Dorman—. Creo que será conveniente estudiar el caso. Tanto las medidas de seguridad del banco, los medios de acceso, etc., como el descubrimiento del profesor Milko y sus consecuencias deben ser estudiados a fondo, sin omitir ningún detalle.

Y Dorman Heale continuó hablando con el dormido Consejero, sonsacándole hábilmente, hasta que supo todo cuanto deseaba saber. Entonces, retiró los electrodos de la cabeza de Abi Rabsari, desconectó la caja y recogió los cables.

—Llévate todo esto a la casa que te indiqué, en Nueva Melbourne, Tanaak. Allí esperarás mis instrucciones. Yo voy a devolver a este hombre a su viaje. Confío en hacerlo sin que tenga la más mínima sospecha de lo que ha ocurrido aquí.

—¿Qué dosis de «ammonio» le administró?

—La suficiente para dormirle dos horas. Y ya están finalizando. No puedo perder mucho tiempo. Ayúdame a llevarle a su autobólido.

—Sí, Luego borraré todas estas huellas. Vamos…

CAPÍTULO III

Abi Rabsari abrió los ojos, sobresaltado, pero se tranquilizó al momento al ver, a lo lejos, las luces multicolores de la fabulosa metrópoli de acero que era Nueva Melbourne.

—Por suerte, sólo ha sido una cabezada —dijo en voz alta.

Esperó unos minutos, ahora atento al paisaje nocturno que se deslizaba bajo su autobólido, y cuando entró en uno de los grandes túneles aerodinámicos de control de tráfico aéreo desconectó el piloto automático y se ocupó personalmente de los mandos.

En su memoria no existía el menor vestigio del letargo hipnótico por «ammonio» a que había sido sometido. Sólo quedaba, latente, el recuerdo da la velada en casa de Monna Milko, y el beso fugaz que ella le había dado al despedirse en la terracita.

Al llegar a las proximidades de su residencia, hizo metálica rodante y así avanzó los últimos quinientos descender el autobólido, hasta situarlo en la cinta metros, hasta detenerse por completo en un aparcamiento de pisos superpuestos. Un robot mecánico se ocupó del autobólido en cuanto él descendió.

Por su parte, Abi, bostezando de sueño, descendió una amplia escalinata, se introdujo en un ascensor neumático y, momentos después estaba abriendo la puerta de su apartamiento.

Desde la entrada al dormitorio fue dejando una estela de prendas, hasta que llegó al lecho de «fibrex-climax», en el que cayó como un verdadero tronco.

Tenía que levantarse temprano para acudir a su trabajo y la velada había sido agradable, pero larga. ¡Mucho más de lo que él creía!

En cuanto salió el sol por el horizonte, Abi ya estaba en pie, aseándose. Se puso el uniforme del banco, aquel elegante traje de

tejido polimetacrílico con que el «International Bank» vestía a sus empleados, tomó una, taza de leche en el bar automático que tenía en el salón, mientras observaba la primera página del periódico que la T. V. mostraba en la pantalla tridimensional, y, al no ver ningún título importante, se dirigió a la calle.

No fue en busca de su autobólido. Se situó en la acera rodante número tres y caminó aprisa, sumando la celeridad de sus pies a la de los rodillos ocultos que hacían funcionar el piso. De este modo recorrió los veintidós mil metros que separaban su residencia del banco en tres minutos y medio.

Llegó al enorme vestíbulo del «International» en el momento en que daban las nueve en punto.

Uno de los porteros mecánicos le registró, saludándole muy fríamente, y Abi se permitió la jocosa licencia de acariciar la tersa mejilla del robot, diciendo:

—Buenos y radiantes días, Billy… ¡Eres adorable!

Como era natural, el robot no le entendió y permaneció unos buenos segundos recabando la ayuda de sus más recónditas células fotoeléctricas para averiguar el sentido de las palabras del Consejero Rabsari.

Éste, por su parte, se dirigió al primer piso, donde tenía su despacho, y se instaló detrás de la mesa, ante la cámara de «visitas», la cual transmitiría su imagen y su voz al cliente que recabar su consejo.

Y aquélla fue una mañana pródiga en consultas. Varios centenares de cuentacorrentistas le preguntaron, uno tras otro, si debían efectuar inversiones en las minas de platino de Urano, a lo cual contestó siempre Abi, sonriendo:

—Sí, desde luego. Hagan la operación, Aunque, de momento, no esperen obtener beneficios. Le aconsejo, señor…, que invierta una pequeña cantidad. Hasta tres años, como mínimo, no se repartirán dividendos. Pero en seis años, habrá doblado la inversión.

Y la consabida pregunta, en la cual cifraban todos su confianza, y que, en caso de error, podía costar a Rabsari su empleo.

—¿Seguro, señor Consejero?

—Seguro. El «International Bank» responde de ello.

—Gracias, muchas gracias.

Así toda la mañana. A las doce menos cuarto, empero, en la

pantalla visora de Abi Rabsari apareció un rostro que nada tenía que ver con las recientemente descubiertas minas de platino de Urano.

Era el sonriente Dorman Heale.

—Buenos días, amigo mío. ¿Puedo verle?

—¿Cómo no, Dorman? Suba usted. Me salvará de una crisis espantosa. Todo el mundo no hace más que preguntarme lo mismo. ¿No querrá usted información sobro las minas de platino, verdad?

—No, por Dios —respondió Dorman—. Enseguida estoy con usted.

En efecto, pocos minutos después, un robot introducía a Dorman Heale en el despacho del Consejero, quien se retiró de la mesa, tras cerrar la cámara de «visitas». Dorman Heale era el pretexto para descansar de tanto informe.

—Siéntese ahí, en el reclinable. ¿Qué desea tomar? ¿Un aperitivo ligero?… Bien. ¿Un cigarrillo?… Dígame, Dorman, ¿aún sigue gustándole mi novia?

—Desde luego, Consejero Rabsari —contestó Dorman, poniéndose cómodo en el reclinable—. Más considero que el llegar tarde es una imperdonable falta y depongo mi interés. No quiero ser ruin, amigo mío.

—Gracias; señor Heale. Es usted muy amable. Y dígame, ¿a qué debo el honor de su amable visita?

—Deseo que me presente usted a su futuro suegro, el profesor Dean Milko. Me interesa una de sus teorías sobre los átomos. Se lo podía pedir a Monna, pero he creído más conveniente no hacerlo. Mi trato con ella podría herir susceptibilidades…

Abi Rabsari frunció un poco el ceño y preguntó:

—¿Y qué teoría en particular desea usted tratar con el profesor Milko?

—Verá, le explicaré, Rabsari. No sé si tiene usted conocimiento de que los negocios de mi padre, aparte de la Asesoría del gobierno de África, consisten en una gran factoría de la industria pesada de Venus, en la que fabricamos enormes tubos de acero inoxidable para las conducciones bajo los mares y pantanos de aquel planeta. Pues bien, nuestros ingenieros tienen ciertos problemas en la fabricación del acero. Parece ser que no se ha logrado aún hallar la aleación necesaria para hacer esos tubos de una duración ilimitada.

Y sabemos que el profesor Dean Milko estudió la composición de las moléculas del acero, dando normas y coeficientes que nos han servido de mucho. Pero, la verdad, no lo bastante. Para nuestro trabajo particular, el profesor Milko podría facilitamos otros datos. Yo, naturalmente, haría que nuestra compañía pagase al profesor un premio por su ayuda.

—No olvide que el profesor Milko está a sueldo del gobierno de Australia y que no puede dedicarse a nadie en plan particular —intervino Abi, dejando su vaso sobre el aparador del bar que había sacado del muro.

—Sí, claro. Yo lo sé. Por esto deseo que me presente usted al profesor de modo particular. Quizá tenga alguna solución que podamos recabar por vía diplomática. Yo sólo deseo que me presente usted a su amigo.

—No tengo inconveniente, en tal caso.

—Gracias.

Dean Milko era un hombre sencillo, como todos los sabios, y accedió a recibir a Dorman Heale y escucharle.

—Sí, Monna. Tratándose de un amigo tuyo y de Abi, que venga cuando quiera. Le recibiré aquí. Ya sabes que al laboratorio no puede entrar nadie.

—¿Le digo, pues, que venga hoy mismo? —preguntó Monna.

—Sí, esta tarde… O si quieres invitarle a cenar…

También la señora Milko accedió a recibir en su casa de Powell Creek a un millonario, hijo del Asesor del gobierno africano, y contrató a seis robots domésticos para arreglar la casa a conciencia.

Por la tarde, en el autobólido de Dorman Heale, llegaron éste y Abi Rabsari, siendo recibidos en la terracita por todos los miembros de la familia Milko. Naturalmente, Dorman no llegó con las manos vacías. Entregó un ramo de flores a la señora Milko que causó la admiración de ambas mujeres.

—¡Oh, es maravilloso, señor Heale! Pero ¿qué flores más curiosas son éstas?

—«Agudinas-vivas» —replicó Dorman, sonriente—. Son muy raras en la Tierra. Proceden de los lagos helados de Júpiter y son únicas en su especie. No pierden el color ni la viveza durante varios años. Hay que colocarlas en un jarrón, dentro de una solución de alcohol metílico y sodio.

Pasaron todos al salón, en el que la señora Milko colocó las flores. Abi y Monna salieron al poco rato al jardín y Dorman quedó charlando con el profesor. Y, naturalmente, el ladino y astuto Dorman pronto supo llevar la conversación al terreno que le interesaba.

—Desde luego, estudiaré el problema de ustedes, señor Heale. Estoy seguro de que encontraré la aleación exacta que usted necesita. Si la piden por conducto diplomático, dentro de una semana la tendrán.

—Gracias, profesor. No esperaba de usted tanta amabilidad. ¿Y en qué nueva teoría trabaja usted añora? —preguntó Dorman, con desinterés.

—¡Ah, es un gran secreto, señor Heale! ¡Un maravilloso secreto del que no puedo hablar! Pero, si se realizan mis cálculos, oirá usted hablar mucho de mis ensayos.

—¡Caramba! ¿Tan importante es?

—¡Importantísimo! Para que se haga una ligera idea, le diré que, bajo el influjo de una corriente de talio, estoy en condiciones de aumentar el volumen de las… No, créame, señor Dorman Heale; no puedo explicarle nada. Lo siento. El secreto de mis investigaciones no me pertenece.

Fue todo cuanto Dorman Heale pudo sacar de Dean Milko. Aunque era más de lo que él esperaba. No había ido a ver al profesor precisamente para sonsacarle. Esto vendría después. A Dorman le interesaba, particularmente estudiar el medio en que vivía el profesor, conocer sus costumbres, su vida.

Y de todo tomaba buena nota.

Incluso de que la morada del profesor estaba vigilada por agentes del Servicio de Seguridad. Y esto inquietó a Dorman, quien no estaba muy seguro de que una investigación a fondo no pusiera el descubierto algún error en sus «historias», tales como la de ser hijo del Asesor del gobierno africano y poseer en Venus una planta para fabricar tubos de acero inoxidable.

No obstante, durante la velada, Dorman averiguó muchos detalles importantes, y cuando se despidió, en compañía de Abi Rabsari, para volver a Nueva Melbourne, sabía casi con exactitud cuáles habían de ser sus próximos movimientos.

No se despidieron al llegar a la metrópoli. Abi aceptó ir al

«Brongo's»
con Dorman a tomar unas copas. Y por ser el local de diversiones más distinguido de la urbe, el consejero del «International Bank» accedió con facilidad.

—Apuesto a que mañana llegaré tarde al banco —dijo Abi—. Llevo unas noches yendo a dormir tarde por una cosa u otra. Pero vamos. Y permítame que sea yo quien le invite.

—¡No, por Dios! —respondió Dorman—. No ponga en peligro su economía particular. Piense que va a casarse pronto y necesitará una vivienda adecuada.

—Mi sueldo de consejero me permite esos dispendios —respondió Abi, en tono resentido.

—No he querido ofenderle, amigo mío. Cambiemos de conversación. Su futuro suegro es un hombre muy interesante. Pero ignoraba que lo tuvieran tan vigilado.

—¿Vigilado? ¿Qué quiere usted decir?

—¿Es que no se dio usted cuenta que los agentes del Servicio de Seguridad no hacían más que observar la casa del profesor Milko? ¡Vamos, vamos, amigo mío! Conozco a un agente con sólo ver su silueta en la oscuridad. Y comprendo la vigilancia, dado que el profesor es un hombre tan importante.

—Pues yo no me he dado cuenta de nada.

—Sí, Rabsari. Los agentes estaban en un autobólido, al extremo de la alameda. Incluso estoy por decir que toman fotografías de todos los que entran y salen de su casa… Pero no se inquiete, amigo mío. Nosotros no llevamos ninguna mala intención hacia el profesor y sus secretos experimentos.

—¿Acordó usted algo sobre la aleación que le interesaba? —preguntó Abi, cuando entraban en la terraza del
«Brongo's».

—Si, gracias por dejarme solo con Milko. Quedamos, en que, si pedíamos una fórmula correcta por vía diplomática, la recibiríamos dentro de una semana.

—¡Vaya, eso está muy bien!… ¡Oh, qué casualidad! Mire quién está allí, con aquella señorita del cabello verde jade.

—¿Quién es? —preguntó Dorman.

—El ayudante del profesor Milko, Ruhmkorff.

—¿De veras?… Parece un hombre inteligente, ¿no?

—Dorman se expresó como si aquel encuentro casual no le interesara, cuando en realidad era todo lo contrario.

De este modo, en un mismo día, Dorman había conocido a los dos hombres que tanto le interesaban: Dean Milko y Ruhmkorff.

En su mente fértil y tortuosa, las ideas de Dorman iban adquiriendo una forma concreta, específica, a consecuencia de las cuales pronto podría actuar en el plan que le ocupaba. No tenía prisa, sin duda, pero todo le iba saliendo a pedir de boca.

Al despedirse de Abi Rabsari, Dorman regresó al «Brongo's», donde se instaló en una mesa próxima a la que ocupaba el rubio Ruhmkorff y su verde compañera, preguntándose si sería el «International Bank» quien pagaba los gastos de diversión del ayudante de Dean Milko.

Media hora después, tras haber cambiado impresiones con el camarero —el «Brongo's» era, quizás, el único local de Australia en el que había camareros de carne y hueso— y obteniendo de él los datos que precisaba, Dorman se retiró.

—Udia Laza… Mujer frívola… Calle 23, número 5, apartamiento 3 —iba repitiendo Dorman, para sus adentros—. He aquí una oportunidad que no esperaba.

* * *

Dos horas después, la bella mujer que había pasado la noche con Ruhmkorff, abría la puerta de su apartamiento y entraba tambaleándose en el salón-recibidor.

Cuando iba a encender la luz, una mano férrea le tapó la boca, para impedirle gritar, a la vez que alguien susurraba en su oído:

—Silencio y cierre la puerta, Udia. No le haré daño. Sólo deseo hablar con usted.

Ella, debatiéndose, cerró la puerta sin querer. Entonces se encendió la luz y pudo ver a Dorman Heale, el hombre apuesto y elegante que viera en la mesa contigua a la que compartió con Ruhmkorff en el «Brongo's».

—¿Me recuerda? —Sonriendo, Dorman aflojó la presión de su mano—. Creo que nos entenderemos, preciosa. Es usted muy bonita y yo tengo mucho dinero… ¡Dinero suficiente como para satisfacer los caprichos de la mujer más exigente!

—¿De veras? —preguntó la mujer—. ¿Puedo ver un crédito, por lo menos?

No uno. Udia Laza vio diez láminas de platino impreso, con el sello del gobierno australiano y la cruz roja, de fuego, que caracterizaba la validez del crédito internacional.

¡Con el dinero que Dorman le mostró, Udia viviría a lo grande más de un año!

—¡Esto es lo más agradable que me ocurre en muchos días, amigo mío! —exclamó la muchacha de la cabellera verde jade, brillándole los ojos—. Jamás creí que existiera tanto dinero. Confieso que nunca he tenido un crédito de mi propiedad. Sólo libras, dólares y rublos. ¿Qué puede hacer una para conseguir uno?

—Escucharme atentamente, Udia.

—¿Y cómo sabes mi nombre, amigo?

Ella dejó caer su velo y se acercó a él.

Mas Dorman dejó bien sentado con un gesto que la aventura no iba a tener signo romántico alguno, y sí mucho de comercial. La rechazó amablemente, sin ofenderla, y la llevó de la mano hasta un sillón.

—Siéntate, preciosa. No uno, sino varios créditos soy capaz de darte si me ayudas.

—¿Varios? ¿Cuántos?

—¿Te parecen bien diez?

—Por esa cantidad vendo mi alma junto con mi figura —respondió ella con vehemencia.

—Pues bien, serán tuyos. Palabra. Se trata de averiguar algo del hombre que te acompañaba esta noche.

—¿Ruhmkorff?

—El mismo.

—¿Qué quieres saber de él?

—Algo relacionado con su trabajo en Powell Creek.

—Cuenta con ello. Ruhmkorff tiene necesidad de dinero.

—Lo suponía. Dile que yo se lo daré y que quiero verle.

—¿Sólo por eso vas a darme diez créditos? —preguntó la

muchacha, como si intuyera que la cosa era demasiado fácil para tan importante cantidad.

—Sólo por eso. Pero deseo que los agentes del Servicio de Seguridad no se enteren de nada. Ruhmkorff está vigilado.

—¡Hum! —rezongó Udia—. Espero que no sea nada malo este negocio.

—Lo es, y mucho. Y necesito confiar en ti. Es mucho lo que me juego —replicó Dorman.

—Empiezo a comprender. Mas como también es mucho lo que voy a ganar, por mi parte cierro el trato. ¿Qué te interesa saber de mi amigo?

—Muchas cosas referentes a su trabajo.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Bueno. Por importante que sea, lograré que Ruhmkorff te diga lo que deseas saber. ¿Cuánto vas a darle a él?

—Cien créditos —respondió Dorman.

—¿Cien…? ¡Oye, me asombras! ¿Qué te traes entre manos?… ¡Ah, vamos; te paga algún gobierno! ¡Cuando digo yo que hoy es mi día de suerte! ¡Por cien créditos, Ruhmkorff te trae a piezas el laboratorio de Powell Creek; puedes estar seguro!

—Eso está bien. ¿Cuándo volverás a verlo?

—Cuando quiera. Mañana mismo. ¿Quieres que lo traiga aquí?

—Sí, muy bien. Mañana mismo. Yo os estaré esperando. Hablaré con él.

—De acuerdo, pues —respondió Udia Laza. Y añadió, voluptuosamente, inclinándose hacia Dorman—: Ahora que hemos cerrado el trato, ¿no te gustaría besarme?

—Pues…, sí, preciosa. ¿No te ha dicho nadie que eres adorable?

—Muchos hombres. Pero ninguno tan rico como tú… Bésame…

Él la besó.

—¿Cómo te llamas?

—Arthur Larson —contestó Dorman, inclinado sobre ella.

—Es falso, ¿verdad?

—Sí. Pero suena bien.

—¡Suena de un modo deliciosamente musical, Arthur! —respondió Udia, entornando los ojos.

¡Pero estaba soñando con los diez créditos que él le daría,

ignorando que Dorman Heale sólo tenía un modo de pagar: matando!

Detrás de Dorman Heale no quedaban nunca rastros delatores…

CAPÍTULO IV

Dean Milko era uno de los pocos privilegiados que podía entrar y salir cuando le viniera en gana en el vasto recinto del Instituto de Investigaciones Atómicas de Powell Creek. Los robots guardianes que controlaban las puertas de acceso tenían células fotoeléctricas especiales de identificación para él y otros profesores, y nadie les ponía impedimento alguno, fuese cual fuese la hora del día o de la noche.

Las especiales condiciones del trabajo de Milko le obligaban, a veces, a tener que acudir al laboratorio a horas intempestivas para vigilar la reacción de alguna experiencia particular que sólo se daba en condiciones especiales.

Y aquella noche, algunos días después de su, en apariencia, casual entrevista con Dorman Heale, Dean Milko salió de su casa después de cenar y se encaminó a su laboratorio.

Le fueron franqueadas todas las entradas, y, con la mente ensimismada en una idea fija, penetró en la vasta sala donde estaba instalado su reactor experimental de talio.

Se encontraba solo. Y, para mayor aislamiento, había cerrado por dentro las compuertas metálicas mediante el sencillo procedimiento de retirar los fusibles de las cajas electrónicas de cierre interior. Nada ni nadie podía molestarle.

Confiaba resolver un delicado problema y creía tener la solución. En realidad, la idea surgió a causa de una pregunta que le hizo su hija Monna durante la cena, algo que nada tenía que ver con sus experimentos, pero que, por asociación de ideas, le llevó a plantearse a sí mismo otro enunciado a sus dudas matemáticas.

De pronto, Dean Milko se había quedado estático, con la mirada perdida en un recóndito y misterioso vacío, y, de súbito, ante la

perplejidad de Monna, se golpeó la frente con el puño cerrado. Se había puesto en pie con brusquedad y dicho:

«—Monna, dile a tu madre que voy al laboratorio.

»—Pero…, ¿y mi cálculo ondulatorio, papá? —le atajó ella, refiriéndose a la pregunta que le había hecho.

»—Ya te lo solucionaré mañana, hijita. U otro día. Hoy tengo algo importante que hacer».

Un instante después, Dean Milko salía de la casa.

Ahora, en el silencioso y vasto laboratorio, accionando los mandos de control remoto del reactor, estaba imbuido de un solo pensamiento.

«La reacción disociativa corresponde a un índice de uno entre cien mil… Esta proporción es la que debo reservar para el cobayo… ¡Luego me la aplicaré a mí mismo!… Sí, he de ser yo quien arriesgue la vida en aras de la ciencia… Los isótopos producidos por los rayos "cappa" del talio son el antidisociador que necesito… ¡Y ahora mismo averiguaré la proporción exacta!».

Manejando los controles, mientras observaba los osciloscopios, Milko escuchaba el zumbido suave del reactor de talio. Una válvula de cristal antirradiactivo se iluminó poco a poco y Milko efectuó varias anotaciones en un bloc que tenía a su lado.

Luego, inspección los voltímetros del tablero de coordinación y anotó también algunas cifras.

A medida que hacía anotaciones, la sonrisa iba ensanchándose en su rostro. Sus ojos brillaban con alegría y, de vez en cuando, se frotaba las manos con satisfacción. Había hecho más de cincuenta anotaciones y todas le daban resultado positivo.

Al fin, tras manejar los «tentáculos» del reactor, introduciendo las manos en una especie de guantes protectores para accionar las piezas del control remoto, logró extraer una especie de cápsula que brillaba con una luz roja y centelleante.

Las manos de Dean Milko temblaban al ponerse un guante de fibra de plomo y sujetar con él una pinza muy larga. Al coger la cápsula con la pinza y levantarla, sus ojos brillaban, asomando en ellos el resplandor rojizo que despedía el extraño objeto.

—¡Aquí está! ¡No puedo haberme equivocado! —exclamó en voz alta, satisfecho. —Voy a dar la noticia a Ruhmkorff. Se alegrará lo indecible al ver esto.

Con la pinza levantada y el brazo estirado, Milko se dirigió a la sección burocrática del laboratorio, cuya puerta de cristales se abrió sola, accionada por un control de proximidad. Entró y marchó directo hada el visoteléfono que había sobre un archivo.

—F. K. 2… Comunícame con el profesor Ruhmkorff. Es urgente.

Hubo de esperar unos minutos. Cuando se iluminó la pantalla, el rostro adormilado de Ruhmkorff apareció en ella. Pero bizqueó al ver la cápsula con los destellos rojizos que Dean Milko tenía en la mano.

—Ruhmkorff, amigo mío… ¡Mire esto!

—¿Qué es, profesor Milko?

—¡El antidisociador! ¡Ya lo tengo!… Fíjese bien en ello. ¿No es algo maravilloso?

El rubio y ahora despeinado Ruhmkorff abrió la boca, para decir algo, pero no pudo articular palabra, mirando, como hipnotizado, la cápsula que Milko tenía al extremo de las pinzas.

—Lo acabo de conseguir ahora mismo. ¿Puede usted venir, Ruhmkorff?

—Sí, claro. Voy enseguida. No me perdería esta experiencia por nada del mundo. No tardaré ni cinco minutos.

* * *

En efecto, cuatro minutos y medio después, Ruhmkorff llegaba al laboratorio, a cuya puerta le esperaba Dean Milko, para recibirle.

—Venga usted, amigo mío. Efectuaremos la prueba con un cobayo. —Cruzaron el laboratorio hacia una puerta opaca que había al fondo—. Primero, hemos de mezclar el antidisociador con un líquido neutro, para hacerlo inyectable.

Abrieron la puerta opaca y entraron en un laboratorio, en el que, sobre mesas y anaqueles, había múltiples utensilios de comprobación y análisis.

En una mesa, sobre la que sólo se veía una jaula metálica, dentro de la que se movía un conejillo de Indias, de color blanco, el profesor Milko había dejado su cápsula de rojizos destellos, y el cobayo la miraba con sus diminutos ojos, como asustado, quizá temiendo que le hiriesen aquellos rayos rojos.

—Venga aquí, Ruhmkorff. Ya tengo las sales neutras preparadas.

—¿Piensa inyectar al conejito ahora mismo? —preguntó Ruhmkorff.

—¿Y para qué esperar más? Estoy impaciente. La experiencia puede fallar y… ¡Pero no seamos pesimistas! ¿Por qué ha de fracasar? Saque usted el cobayo. Yo haré la mezcla del antidisociador.

Dean Milko, con unos guantes más livianos, colocó la cápsula sobre un cristal, empleando unas pinzas, y acercó también un frasco con un líquido incoloro así como una jeringuilla hipodérmica provista de una fina aguja.

Trabajó con mano segura, manipulando con las sales neutras en las cuales debía diluir el contenido rojo, brillante, de la cápsula que había extraído antes del reactor de talio. Luego, con una tenacilla provista de un grueso aislante, rompió un extremo de la cápsula y absorbió con la aguja de la jeringuilla parte del contenido de la sustancia rojiza.

—¡Ya está, Ruhmkorff! Le inyectaremos una milésima y conservaremos el resto en la jeringuilla.

—¿No habrá que cerrarla herméticamente?

—Sí, claro. Tengo una aguja-tapón. Además, debemos colocarlo dentro de una caja de plomo. Todo está ahí, en el anaquel… ¡Ahora, lo importante es el cobayo! ¡Démelo!

Ruhmkorff, entretanto, había colocado al animalito sobre una tabla en la que había cuatro juegos de minúsculas bridas de acero, de forma que cada pata del roedor estaba ya sujeta a una brida, imposibilitándole todo movimiento.

El animalito chillaba, debatiéndose, cuando Ruhmkorff empujó la tabla y su prisionero hacia Dean Milko. Éste, tras ajustar el émbolo de la jeringuilla, esbozó una sonrisa y comentó:

—No te haré daño, «Luk». No te muevas… Sólo será un momento.

Ruhmkorff no hablaba ahora. Se limitaba a mirar las manos enguantadas de su colega y los destellos menos vivos de la sustancia que había coloreado las sales neutras contenidas en la jeringuilla.

Luego, Dean Milko se inclinó sobre el cobayo y murmuró unas palabras ininteligibles, quizá como encomendándose a Dios para que le ayudase en aquella experiencia.

Poco a poco, la aguja fue clavándose en el lomo del animalito,

quien aumentó en sus chillidos. Ahora, sin embargo, Milko le sujetaba con la mano izquierda, impidiéndole moverse, a la vez que inyectaba parte del líquido rojo.

—¡Una milésima parte…! ¡Ya está! ¡Tome, Ruhmkorff, guarde la jeringuilla en la caja de plomo!

—Sí. ¿Dónde está la aguja-tapón?

—Ahí, en la caja —indicó Milko, soltando al cobayo, que ahora se había quedado tranquilo, temblando un poco—. Debo accionar el reactor, activar la disociación… ¡Es fantástico que todo esté aumentando de volumen en torno a nosotros y no podamos percibirlo! ¿Cuál será el límite de esto?

Dean Milko salió rápidamente del laboratorio de química, dejando a su ayudante al cuidado de guardar la jeringuilla hipodérmica. En la mirada de Ruhmkorff, al ver alejarse a Dean Milko hacia el laboratorio del reactor, había un avieso propósito.

¡Y en su mente se formó un malévolo pensamiento!

«Soy un canalla —se dijo Ruhmkorff—. Pero los cien créditos de Arthur Larson son una tentación muy grande… Con ellos podría irme de aquí e instalar un laboratorio propio en otro lugar… Podré dirigir mis propias experiencias y no ir siempre detrás de él. ¡Yo valgo, lo sé! ¡Y tengo que demostrarlo de algún modo! Aquí… todo el mérito se lo lleva él. Por eso bebo, por eso me desespero y tengo pesadillas… No puedo continuar más tiempo aquí. Daré a Larson lo que me pide y me marcharé».

Al pensar esto, Ruhmkorff tomó un papel de plomo y envolvió en él la jeringuilla, a la que había puesto la aguja-tapón, guardándoselo todo en un bolsillo interior, bajo la bata. Luego cerró la caja de plomo, vacía, y la colocó en el anaquel.

No había hecho más que terminar de hacer esto cuando regresó el profesor Dean Milko, quien, sin hacer caso a su ayudante, casi corrió a la mesa donde estaba el cobayo, sujeto a sus bridas metálicas.

Allí se acodó, mirando fijamente al animalito.

Ruhmkorff se situó a su lado, preguntando:

—¿Tardará mucho?

—No lo sé. Ha de entrar en el campo disociativo. Tal vez ya esté. ¿No le parece «Luk» un poco más pequeño?

—En verdad —respondió Ruhmkorff con voz insegura—, me

parece igual.

¡Y Dean Milko no estaba equivocado: cada segundo que pasaba, el animalito disminuía de tamaño!

Unos minutos después, ante el asombro de los dos científicos, el cobayo había perdido un tercio da su tamaño normal. Fue preciso soltarle tres bridas porque se le estiraban las patitas.

Y la reducción iba en aumento.

—¡Asombroso! —No pudo por menos que exclamar Ruhmkorff, palmoteando en la espalda de su jefe.

Radiante, Dean Milko respondió:

—¡Estaba seguro de que lo conseguiría, Ruhmkorff! ¡Éste es el momento más grande de mi vida!

—Hay que apretar más la brida para que no escape.

Milko así lo hizo, mientras veía reducirse el tamaño del animalito, el cual, pese a la transformación que estaba sufriendo, continuaba agitándose con síntomas inequívocos de seguir vivo.

¡Y ya tenía, un cuarto de hora después de haber sido inyectado, la mitad de su tamaño normal!

—Traiga otro cobayo de las jaulas, Ruhmkorff. Hemos de comprobar el índice de disminución.

Ruhmkorff fue al fondo del laboratorio y regresó a los pocos minutos con otro cobayo, el cual amarró junto a su pequeño compañero, utilizando las tres bridas que quedaban sobre la tabla. Y al comparar los dos conejos de Indias, la excitación de los dos científicos aumentó.

«Luk», junto a su compañero, era como un niño de cuatro años con relación a un hombre.

—¡Y aún sigue disminuyendo! —exclamó Dean Milko, alborozado.

—¿Hasta cuándo?

Milko se volvió a Ruhmkorff y le miró fijamente, diciéndole:

—¡Hasta que sea cien mil veces más pequeño que su hermano!

—¿Y cree que conservará la vida?

—Naturalmente. Habremos de examinarlo con el microscopio, pero su metabolismo no se modificará. No olvide, Ruhmkorff, que «Luk» no empequeñece… ¡Somos nosotros los que aumentamos de tamaño!

Pasaron unos minutos, y «Luk» seguía encogiéndose, siempre

sujeto de la brida atada a una patita, y dando vueltas sobre ella, mirando a su enorme compañero, ante la curiosidad da los dos hombres de ciencia.

Al amanecer, cuando los rayos del sol se filtraron por las ventanas del laboratorio, Milko y Ruhmkorff aún estaban allí, observando las reacciones del cobayo a través de una gruesa lupa.

¡A simple vista, «Luk» no se veía ya y la brida había sido sustituida por un delgado hilo metálico, para que el animalito no se escapase!

El experimento podía considerarse un completo éxito, dado que el cobayo estaba vivo y continuaba disminuyendo progresivamente, empequeñeciéndose, reduciéndose de tamaño minuto a minuto.

* * *

Ruhmkorff no fue a dormir a media mañana, como el profesor Milko; por el contrario, al llegar a su alojamiento —un «*bungalow*» de soltero del Instituto de Investigaciones Atómicas de Powell Creek — se encerró en su alcoba y extrajo la jeringuilla hipodérmica que había envuelto en papel de plomo, todo lo cual dejó sobre una mesita. Luego, tomó una píldora estimulante, para, no dormir, y se cambió de ropa.

Diez minutos más tarde, salía del Instituto y tomaba un helicodisco de pasajeros con destino a Nueva Melbourne.

Al llegar a la metrópoli, media hora después, paseó un rato sobre las aceras rodantes, y, cambiando varias veces de rumbo y volviéndose con frecuencia, por si le seguían, se dirigió, al fin, a la calle 23, para penetrar por último, en la mansión metálica en que vivía su amiga Udia Laza.

Hubo de llamar con insistencia al zumbador durante un rato. Al final, la propia Udia, con una bata semitransparente que siluetaba su cuerpo contra la luz del salón-recibidor, apareció bostezando y soñolienta, pese a ser casi mediodía.

Al ver a Ruhmkorff, el sueño de la mujer pareció disiparse, pues exclamó:

—Pasa. No te esperaba… Anoche me acosté muy tarde.

Frunciendo el ceño, Ruhmkorff entró y cerró la puerta a su espalda, a la vea que preguntaba, huraño:

—¿Con quién estuviste?

—Fue velada de negocios —mintió ella, echando sus brazos al cuello de él—. Salí con el señor Larson… Conseguí un anticipo. Hoy pensaba ir a comprar unos trapos que necesito… Pasa, querido. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Deseo ver a Larson.

—¿Sí?… ¿Hay algo?

—¡Lo tengo aquí!

En aquel mismo instante, al terminar Ruhmkorff de pronunciar sus palabras, la puerta que comunicaba con el interior del apartamiento se abrió y el propio Dorman Heale, sonriendo de oreja a oreja, apareció en ella. Venía a medio vestir, cubierto con una clámide más femenina que masculina. Al verle, Ruhmkorff enrojeció, suponiendo lo que significaba la presencia de Dorman Heale allí.

—¡Oh, no había necesidad…! —empezó a decir Udia, nerviosa.

Ruhmkorff, empero, reaccionó pronto y bien. De sobra sabía él quién era Udia y cuál su descocada actividad. Por esto, apartándola a un lado, sin rudeza, se encaró con Dorman.

—Esta noche hemos hecho la experiencia. Deme los cien créditos y le entregaré el antidisociador.

—¡Eso está muy bien, amigo Ruhmkorff! —respondió Dorman en tono jovial—. Lo malo es que no tengo aquí una cantidad tan grande. Habrá de ir al «International Bank» a cobrarla.

—Pues fírmeme un cheque.

—¡Desde luego! ¿Dónde está eso? Necesito cerciorarme primero de su eficacia. Estas cosas se hacen bien o no se hacen.

—¡Me estoy jugando mucho en esto, Larson! —gritó Ruhmkorff. —Yo mismo he comprobado la eficacia del antidisociador de Dean Milko. Un cobayo de laboratorio desapareció de nuestros ojos en cinco horas… ¡Y todavía está disminuyendo!

—Bien, muy bien. Pero debe comprender usted que, si me aplico yo mismo, por ejemplo, ese antidisociador, necesito alguna garantía.

—¡No me interesa saber para qué quiere usted eso, Larson! Yo me comprometí a traérselo. Y usted se comprometió a pagarme cien créditos.

—Yo se los daré. Si quiere, podemos ir al banco ahora mismo.

¿De acuerdo? Quiero que me explique con todo detalle las particularidades del descubrimiento de Dean Milko.

—Está bien. —Ruhmkorff se volvió a Udia y añadió—: Anda, pequeña. Déjanos solos.

Udia Laza asintió y se fue, dejando a los dos hombres, que se instalaron en el sofá. Durante media hora, Ruhmkorff estuvo explicando a Dorman Heale todo cuanto sabía acerca del disociador de talio de Dean Milko, y luego pasó a relatar las incidencias de la noche pasada en el laboratorio de Powell Creek.

Terminó diciendo:

—Y si quiere, en cuanto haya cobrado los cien créditos, le puedo hacer una demostración aquí mismo. Sólo necesitaremos un cobayo para la experiencia.

—¿Y por qué no un ser humano? —Dorman Heale bajó la voz y señaló por encima de su hombro—. ¿No puede ser ella? ¿Le interesa a usted esa mujer?

Ruhmkorff pareció sufrir un *shock*, del cual se restableció casi en el acto, pues, apretando los labios, respondió:

—¡Está bien, que sea ella! No sé si se dejará inyectar.

—Lo hará —dijo Dorman—. Tengo medios para convencerla. Ahora, si le parece bien, vayamos al «International Bank» y podrá cobrar su dinero. Compruebe que me fío de usted.

—¿Y no sería mejor que fuese usted mismo quien retirase el dinero?

—Sí, desde luego. Usted puede esperarme aquí. ¿Lo ha traído?

—No. Lo he dejado consignado en la estación de helidiscos.

—Muy precavido. Lo supuse. Pues bien, esta noche nos reuniremos aquí. Yo traeré el dinero y usted traerá el antidisociador, ¿conforme? Nuestro cobayo será la hermosa Udia Laza.

Ruhmkorff asintió con la cabeza y se levantó.

—De acuerdo, pues. A las nueve estaré aquí.

—A las nueve. Y procure no llamar la atención por Nueva Melbourne. Se supone que, a estas horas, un científico debe estar en su laboratorio de trabajo.

—Es cierto —contestó Ruhmkorff—. Pero el profesor Milko sabe que hemos trabajado toda la noche y eso me justifica. Además, nosotros nos permitimos ciertas licencias. No se preocupe por mí.

Estaré aquí esta noche.

—Y yo también, con el dinero.

Ruhmkorff salió del apartamiento sin despedirse de Udia. En realidad, ahora que iba a ser millonario, la chica del cabello verde jade ya no le interesaba. Sabía que en América, donde pensaba ir, había mujeres mucho más hermosas.

CAPÍTULO V

El Centro de Seguridad Social de Nueva Melbourne estaba situado en un curioso edificio, parecido a una colmena, frente al Paseo del Mar. Y lo singular era que ningún agente de uniforme hacía guardia ante él, ni en sus alrededores, como si la nueva policía no existiera.

En realidad, muy poca gente sabía a qué organismo oficial pertenecía el extraño inmueble, de donde salía y entraba gente constantemente, ni qué gestiones podían evacuarse allí dentro.

El mismo día, y a la misma hora, aproximadamente, en que Dorman Heale y el profesor Ruhmkorff celebraban su entrevista en el apartamiento de Udia Laza, Abi Rabsari y su novia, Monna Milko, entraban en aquel edificio.

En el vestíbulo, un robot instalado sobre si mostrador de informaciones les informó de lo que deseaban saber.

—El despacho del coronel Maio Kan está en el décimo piso, cuarta puerta.

Instintivamente, Abi asintió con la cabeza como si su informante fuese un hombre de carne y hueso, y no un tablero parlante, con dispositivos electrónicos en su parte posterior. Y, tomando a Monna del brazo, fue con ella hacia la hilera de ascensores cuyas cavidades se abrían al fondo del vestíbulo.

Allí, en uno de los huecos, sin puerta aparente, Abi presionó el pulsador correspondiente el décimo piso. Y, en un instante, casi sin percatarse y sin notar alteración alguna, se encontraron en un pasillo con puertas numeradas a derecha e izquierda.

La señalada con el número cuatro ostentaba el nombre del individuo desconocido al que venían a ver.

Y ni siquiera fue preciso llamar a ella. Se abrió sola, dirigida desde el interior.

—Pasen ustedes, por favor —dijo un hombre alto, calvo y con gafas de color verde oscuro, que estaba detrás de una mesa cubierta materialmente de insólitos aparatos.

Abi Rabsari y Monna entraron en la estancia, donde rayos invisibles de luz inundaban el ambiente. La puerta se cerró detrás de ellos. A la derecha, sobre un recuadro blando que sostenía una barra metálica, había un hombre sonriendo.

—¿El coronel Maio Kan? —preguntó Abi, tranquilo.

—Servidor —contestó el hombre de las curiosas gafas verdes—. Les estaba esperando. Por eso me he puesto estos lentes. Con ellos veo a través de las paredes… Les presento al doctor Kerib. Es marciano, pero ha adoptado nuestro aspecto externo. Dice que así se encuentra más cómodo… ¡Mucho gusto en conocerla, señorita Monna Milko! Soy un gran admirador de su padre. Pero, siéntense, por favor.

Abi miró alrededor, buscando dónde sentarse, mientras el coronel Kan presionaba un pulsador de su mesa. Justamente detrás de donde estaban Monna y Abi surgieron dos asientos similares al que ocupaba el doctor Kerib, quien se había medio incorporado, efectuando un saludo con la cabeza típicamente terrestre.

—Les extrañará que les haya hecho venir, ¿verdad?

—Sí, bastante —contestó Abi.

—En la Seguridad Social actuamos siempre de un modo discreto. Iré al grano. Me han encomendado el caso de ustedes.

—¿Nuestro caso? ¿Qué quiere decir? —preguntó Monna.

—Bueno, por si no lo saben —repuso el coronel Maio Kan—, les diré que sus vidas están en peligro. ¿Les sorprende?… Sí, es lógico. Y nuestro deber es protegerles. En primer lugar, y antes de pasar a explicarles de qué se trata, tendrán que someterse a hipnosis. El doctor Kerib es psiquiatra y sabe cómo se hacen estas cosas.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó Abi—. Tenga usted presente, coronel Kan, que soy consejero del «International Bank» y mis conocimientos pueden ser…

—Como representante del gobierno —contestó Maio Kan, con una sonrisa—, puedo garantizarle que cuanto se le diga aquí no redundará en perjuicio del centro para el cual trabaja usted. Mas es necesario que actuemos así… Doctor, cuando usted guste.

El doctor Kerib era un sujeto de aspecto anónimo, vulgar, de

esos que se ven y se olvidan inmediatamente. Sin embargo, sus ojos, de un tono amarillo verdoso, estriados, chispearon un instante, mirando primero a Abi y luego a Monna.

Y ambos jóvenes sintieron un ligero e irreprimible adormecimiento. Todo fue muy rápido. El hombre de Marte sólo les había mirado una vez. Ahora, les pasó la mano ante los ojos y ellos no reaccionaron.

—Ya está, coronel —dijo el doctor Kerib. Su tono no podía ser más impersonal.

—Gracias, doctor. Cuando haya terminado con ellos, le avisaré.

Kerib se inclinó respetuosamente y se dirigió a la puerta, la cual se abrió y cerró enseguida al rasar él.

Al quedar solo, el coronel Kan miró a Monna y le dijo:

—Póngase cómoda, señorita. Detrás de usted hay un respaldo.

Era mentira. Ni Monna ni Abi tenían respaldo en sus asientos, pero se comportaron ambos como si lo tuvieran, echándose hacia atrás y recostándose en el vacío. Ellos estaban seguros de tener la espalda descansada.

Este pequeño ardid del coronel de Seguridad Social era empleado con frecuencia para cerciorarse de que los interrogatorios se hacían en las condiciones exigidas por la ley. Una vez hubieran acabado los agentes con sus informantes, les despertaban y no volvían a saber más de lo que habían hablado.

—Les he dicho antes que sus vidas están en peligro. Y puede que sea cierto o puede que no lo sea —empezó Maio Kan, poniendo en funcionamiento una grabadora que tenía oculta en la mesa—. De lo que sí estoy cierto es de que están siendo manejados por un peligroso individuo al que nos gustaría poder echar mano. Por favor, ¿quieren explicarme ambos de qué conocen a Dorman Heale?

—¿El señor Heale? —preguntó Abi a su vez, algo confuso—. Es uno de nuestros mejores clientes. Se ha mostrado amable, obsequioso y atento y le he brindado mi confianza.

—Yo me tropecé con él al salir un día del «Brongo's» y me acompañó en su atobólido al «International Bank». Es un caballero correctísimo.

—No lo crean. Yo puedo asegurarles, aunque no tengamos pruebas concretas, de que es un mal sujeto. Verán, les explicaré. El

otro día, nuestros agentes de vigilancia en Powell Creek le retrataron al entrar con usted, Abi Rabsari, en casa de la señorita Milko. Estas fotos han sido confrontadas con nuestros archivos sin resultado positivo alguno.

»Casualmente, en nuestro departamento de identificación tienen ahora poco trabajo y se entretienen solucionando problemas de este tipo. ¿Quién es el hombre que no está en nuestro archivo, que no tiene referencias de otros archivos, y que ni siquiera sabemos cómo ha llegado a esta ciudad? ¿No creen que es apasionante? Pues bien, puestos a vigilarle, y empleando nuestros más modernos métodos de observación a distancia, estamos seguros de que Dorman Heale es un "incontrolado".

—¿Un «incontrolado»? —preguntó Abi Rabsari—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Un hombre que no figura registrado en ninguna parte, un aparente nonato, un caso curioso de aberración. Y vigilando a Dorman Heale nos hemos encontrado con otro individuo, amigo suyo, al parecer, que está en el mismo caso. Nuestros técnicos aseguran que esos dos «incontrolados» se llevan algún propósito maligno entre manos. Les hemos visto con ustedes, con el profesor Ruhmkorff y con algunas mujeres de existencia equívoca. En definitiva, sospechamos que Dorman Heale y su amigo Tanaak les están utilizando a ustedes para conseguir alguna información que, posiblemente, está relacionada con las investigaciones de Powell Creek. Y eso, como es natural, no lo consentiremos.

»Les haré una advertencia que en su subconsciente tendrá bien en cuenta cuando salgan de aquí. Atiendan bien: Si les sucede algo relacionado con Dorman Heale en los días próximos, deberán llamar a esta oficina y decirme lo que ocurra. Esto lo harán sin darse cuenta, pero lo harán. ¿Comprenden?

—Es que… —Monna vaciló—. Dorman Heale dijo que yo le gustaba.

—Pues ya no le gusta. Sé, porque nuestros computadores nos lo indican así, que Dorman Heale es un malhechor y estamos seguros de que no vacilará ante nada con tal de conseguir sus propósitos. Por eso estarán ustedes prevenidos contra él. También puede ser que el objetivo de Heale no sea el Instituto de Investigaciones Atómicas de Powell Creek, y que se esté valiendo de ustedes para

ejecutar alguna mala acción contra el «International Bank». Si es así, señor Rabsari, usted le facilitará las cosas. Nos interesa mucho sorprender a Dorman «in fraganti» para poderlo regenerar y controlar. ¿Queda esto claro?

—Sí, señor —contestó Abi.

—Bien, eso es todo. Ahora llamaré al doctor Kerib y podrán marcharse.

En efecto, a poco de presionar un conmutador, el psiquiatra marciano volvió a entrar en el despacho del coronel Maio Kan, miró fijamente a la pareja y los volvió a su estado normal.

Abi Rabsari y Monna Milko se pusieron en pie, estrecharon las manos a los dos hombres y se retiraron, sin, hablar más. En sus subconscientes, las instrucciones recibidas harían el efecto requerido cuando llegase el momento oportuno.

* * *

Aquella noche, a las nueve en punto, Dorman Heale y su cómplice Tanaak, cubiertos los rostros con máscaras de plástico flexible que imitaban perfectamente la piel humana, se presentaron en el apartamiento de Udia Laza, la cual les preguntó, nada más abrir:

—¿Qué desean ustedes?

Dorman, en vez de contestar, extrajo una pistola de rayos paralizantes y, empujando a la mujer al interior del salón-recibidor, dijo:

—Adentro y silencio. ¿Ha venido ya Ruhmkorff?

—¡Señor Heale! ¿Qué significa esto?

—Cierra la puerta —ordenó a Tanaak, sin dejar de encañonar a Udia—. ¡Contesta a mi pregunta!

—Sí, sí… Está adentro, en mi…

Después de cerrar la puerta, Tanaak sujetó a Udia con fuerza y la condujo a la estancia contigua, una sala de estar no mal adornada, cómoda y acogedora.

Allí estaba Ruhmkorff, sentado en una litera extensible, de «fibrex-climax», quien se puso de pie al ver entrar a los dos hombres. En su rostro apareció una expresión de alarma, que se acentuó hasta el terror al ver al «desconocido» Dorman volver el

arma hacia Udia Laza y mascullar:

—¡Suéltala, pronto!

Tanaak soltó a Udia, empujándola hacia el centro de la sala. Cuando ella recobraba el equilibrio, la pistola de Dorman efectuó un chasquido. Una descarga eléctrica azul envolvió un instante a la mujer, como si su figura se hubiese convertido en un líalo de luz radiante.

Acto seguido, Udia Laza cayó al suelo, insensibilizada.

—¿Ha traído usted el antidisociador, Ruhmkorff? —preguntó Dorman, volviéndose al aterrado científico.

—Sí… Sí… Aquí lo tengo. ¿Me pagará usted?

—Naturalmente que le pagaré… ¡Si es que el resultado me convence! Ya puede empezar a ponerlo en práctica con Udia. Y no quiero perder tiempo. Tanaak, ayuda al profesor a ponerla sobre el extensible.

Tanaak obedeció. Ruhmkorff temblaba al levantar el cuerpo de Udia del suelo, con ayuda del enmascarado, y llevarla hasta el mueble donde había estado sentado. Detrás de él, Dorman Heale, cubierto con su máscara de plástico, continuaba apuntándole con la pistola.

Sobre una mesita, junto a un vaso tallado que contenía un líquido amarillento, Ruhmkorff había dejado la jeringuilla hipodérmica envuelta en el papel de plomo.

—¡Vamos, Ruhmkorff, no pierda tiempo! —conminó Dorman.

El aludido tomó el envoltorio, lo deshizo y mostró la jeringuilla y su contenido rojo destellante.

—Aquí está —murmuró—. Pero…

—Pero ¿qué? —inquirió Dorman.

—Tengo reparos. Es algo que está en vías da experimentación. No sé cómo actuarán estos isótopos en un organismo humano. Y, por otra parte, cuando esté reducida a una cienmilésima…

—Yo sé cómo volverá a su estado normal. Sólo hay que desconectar el reactor de talio e interrumpir la disociación que se produce en Powell Creek.

—No estamos seguros de que sea eso —repuso Ruhmkorff—. Dean Milko no lo sabe.

—Bueno, es igual. Pero lo sabremos. Esta misma noche, mi amigo estrellará un autobólido sobre los transformadores del

suministro atómico de Powell Creek. Al dejar de funcionar el reactor de talio, Udia recobrará lentamente su estado normal. Si no lo recobra, peor para ella. ¡Venga, inyéctela!

La amenaza de la pistola paralizante persuadió a Ruhmkorff, quien se inclinó sobre la insensible mujer y la sujetó del brazo desnudo, diciendo:

—Creo que la cantidad ha de ser mayor que con el cobayo. Le pondré cuatro milésimas.

—¿Será fácil conseguir más sustancia de ésa, Ruhmkorff?

—Muy difícil. Temo que el profesor Milko haya echado de menos esta jeringuilla. Mi intención era cobrar e irme hoy mismo hacia América.

—Si sale bien la prueba se irá usted, pierda cuidado —respondió Dorman, sonriendo para sus adentros.

—Ahora, inyecte y deje líquido para otras pruebas.

—Calculo que con el contenido de esta jeringuilla se podrían inyectar cuatro o cinco personas. Bien… ¡Que Dios me proteja! —terminó Ruhmkorff.

Y, entornando los ojos, clavó la aguja hipodérmica en el brazo de Udia Laza. Antes, desde luego, había sustituido la aguja-tapón por otra.

Inyectó despacio hasta que el indicador del émbolo señaló que habían salido cuatro milésimas y luego retiró la jeringuilla, volviendo a colocar la aguja-tapón.

—Ya está —murmuró.

Ante él, Dorman y Tanaak, con los ojos muy abiertas, miraban a la mujer insensibilizada, esperando notar algo en su atrayente anatomía que les indicase que la droga, obraba su efecto.

Pero fue preciso sentarse a esperar. Tanaak encendió uno de sus pitillos de «opium-tabaco» y fumó despacio, no sin antes haber ofrecido uno a Dorman, quien lo rechazó con un gesto de asco.

—Es curioso estar aquí esperando ver si esta chica se hace pequeña —murmuró Tanaak—. Yo, en verdad, no creo que ocurra nada.

—Tiene que ocurrir. El antidisociador ha sido extraído de los mismos isótopos del talio y su cálculo previo ha durado dos años. Todo ha sido estudiado con meticuloso cuidado —declaró Ruhmkorff, con energía—. Además, anoche hicimos la prueba con

un conejo de Indias y dio…

—¡Mire, jefe! —exclamó, de pronto, Tanaak, señalando a Udia y empezando a incorporarse—. ¡Se ha encogido unos centímetros!

Dorman miró con atención al rostro de la mujer dormida. Y creyó notar cierto encogimiento, del mismo modo que cree alguien ver moverse las agujas de un reloj.

Y aunque la disminución no era evidente, sus efectos podían verse sin lugar a dudas. ¡Udia Laza empequeñecía por minutos! El sillón extensible donde estaba tendida era un patrón comparativo. En un principio, la mujer lo había ocupado de extremo a extremo. ¡Ahora le sobraban unos centímetros por los pies y otros tantos por la cabeza!

Y continuaba disminuyendo.

Los tres hombres estaban ahora de pie, mirándola, conteniendo el aliento como si estuvieran dominados por el hijo, aunque tenían que respirar, al fin, con fuerza para no ahogarse.

Era asombroso ver cómo Udia Laza se encogía sobre sí misma y las ropas le iban quedando holgadas en su cuerpo, del cual no perdía ninguna forma, así como tampoco se desdibujaban las facciones de su rostro. Era toda ella la que, proporcionalmente, disminuía: los ojos, cerrados, los labios, el cabello, los brazos, las piernas… Todo empequeñecía y ella continuaba siendo la misma.

—Deberíamos sujetarla de modo que cuando se recobre no pueda escapar —musitó Ruhmkorff, pensando en la experiencia de la noche anterior—. Llega un momento en que, para verla, será preciso escurrir a un cristal de aumento.

—¿Tanto, quiere usted decir? —preguntó Tanaak, asombrado.

—La reducción es de cien mil veces su tamaño, quedará más pequeña que la punta de un alfiler.

—¡Diablos! —exclamó Dorman, que no apartaba la mirada de Udia—. Esto es fantástico.

—¡Yo diría que es cosa de magia! —agregó Tanaak—. ¿Y no hay peligro de que muera?

—No. Y les explicaré por qué. Es muy sencillo. Udia Laza no disminuye. Somos nosotros los que aumentamos.

—¿Cómo? —preguntó Dorman—. ¿Soy más grande que antes?

—Sí, mucho más. Hace una semana que aumenta todo en nuestro espacio. En realidad, Udia, antidisociada, está recobrando la

normalidad. Esto lo comprenderán con un ejemplo. En el espacio, el tiempo y el volumen son relativos. En realidad, no existen. Todo se está transformando constantemente, expandiéndose o comprimiéndose, según sean las fuerzas «g»» que gravitan sobre nosotros. Los espacios internucleares se dilatan o se concentran, y son los átomos los que hacen que todo se agrande o se empequeñezca. Si el reactor de talio y su campo expansivo están ejerciendo presión disociativa en un campo que aumenta en la distancia en la misma proporción que la difusión de la luz, todo el universo-isla en que nos movemos aumentará de volumen en una misma equivalencia.

»Ahora bien, Udia ha sido tratada con el antídoto del crecimiento. Su campo expansivo queda anulado y por eso regresa a su tamaño originario.

—¡Fantástico! —exclamó Dorman—. ¿Y qué verá ella cuando esté en su tamaño normal?

—Eso hay que imaginario. Si en este momento abriera los ojos, nos vería como gigantes. Poco después se asombraría de vernos más altos, más grandes. Esta habitación le parecerá un mundo y para recorrer un metro de distancia habrá de estar bastantes minutos. En realidad, verá la relatividad de todo cuanto nos rodea. Su mundo será tan fabulosamente grande que temerá caer en una grieta de las baldosas, pues verá un abismo donde nosotros no vemos nada. Incluso se nos podrá escapar por debajo de la puerta.

—Sí, como Gulliver en el país de los gigantes —dijo Tanaak, quien miraba a la cada vez más pequeña Udia Laza.

En aquellos instantes, la mujer se movió, como si los efectos paralizantes del disparo de Dorman empezaran a disiparse. Gimió con voz débil, apagada y pareció estremecerse.

Su cuerpo no tendría más de un metro de altura y casi todo el sillón extensible iba quedando libre de ella, al reducirse su figura. Empero, ahora, parecía como si la disminución se acelerara y poco a poco fuese un cuerpo más diminuto. Los tres hombres que la contemplaban no se daban cuenta de que los minutos iban pasando.

Llegó un momento en que Udia Laza no era más que una muñeca. Las ropas que la habían envuelto, sin embargo, habían caído en torno a ella, fláccidas, amplísimas, y su cuerpecito se dibujaba aún entre las gasas.

Y fue entonces cuando Udia Laza abrió los ojos y movió sus pequeños brazos. Su boca se abrió y un gritito insignificante salió de su garganta.

¡Pero el horror más abyecto aparecía retratado en sus pequeñas facciones!

Y lo que veía ante ella no era para tranquilizarla, ni mucho menos… ¡Los tres gigantes la estaban mirando con enormes ojos!

CAPÍTULO VI

Al comprobar, alarmado, que su ayudante Ruhmkorff no había ido al laboratorio en todo el día, y que tampoco estaba en su «*bungalow*», el profesor Dean Milko empezó a reflexionar. Estuvo tentado de avisar al Servicio de Seguridad del Instituto, pero se contuvo, diciéndose que quizá la alarma carecía de fundamento.

Ruhmkorff podía haber ido a muchos lugares, entre ellos, el más probable, la metrópoli. Había que tener presente que Ruhmkorff era soltero y gustaba de salir a divertirse.

Pero cuando Milko entró en el laboratorio químico y fue al lugar donde guardaba la caja de plomo que contenía la jeringuilla hipodérmica, para mostrársela a otro de sus ayudantes, le invadió un nefasto presentimiento.

¿Y si el antidisociador no estaba allí? ¿Y si el experimento de la noche pasada era la causa de la desaparición de Ruhmkorff?

La mano de Dean Milko temblaba cuando alcanzó la caja de plomo y la abrió, viendo que la jeringuilla había desaparecido. Apretó los labios y sus hombros se hundieron como si sobre ellos hubiera caído una gran losa.

Luego, murmurando unas palabras de disculpa a su ayudante, salió del laboratorio y se encerró en la sección burocrática. Allí, tras pasear brevemente, comprendió cuál era su obligación. Por esto, se acercó al visoteléfono y marcó un número.

—Póngame con el Jefe de Seguridad. Es muy importante.

Al momento, un rostro anguloso y moreno apareció en la pantalla visora. Sólo un rostro, una mirada y una expresión inquietante… ¡Aquello significaba el fin de la carrera de Ruhmkorff! Dean Milko lo sabía y vaciló antes de llamar al hombre que ahora tenía delante, surgiendo de la magia de un aparato de rayos

catódicos.

Ya no podía volverse atrás.

—¿Ocurre algo, profesor Milko?

—Sí, señor Oberon. Lamento informarle que de mi laboratorio ha desaparecido una muestra importante y peligrosa.

—Inmediatamente vamos para allá. ¿Sospecha ele alguien?

—Sí, de mi ayudarte, el profesor Ruhmkorff. Estuvo trabajando conmigo anoche y fue él quien guardó el antidisociador de talio… Le he buscado por todo el Instituto y no está, ni siquiera en su «*bungalow*». Es importante que aparezca esa muestra.

—Perfectamente. Daré orden de buscar a Ruhmkorff. Voy para ahí con mis agentes.

Los Servicios de Seguridad se movieron con una vertiginosa e increíble rapidez. No había hecho más que llegar la noticia a «La Colmena» de Nueva Melbourne, cuando el coronel Maio Kan fue informado por visoteléfono, obligándole a dejar su despacho.

A los seis minutos, un autobólido especial tomaba tierra en Powell Creek y el propio Maio Kan se identificaba, pidiendo ser conducido al laboratorio del profesor Milko, en donde ya se encontraba el capitán Oberon, hablando con el científico.

Sin entrar en preliminares, Maio Kan se hizo repetir por Milko lo sucedido y cuando éste terminó, musitó:

—Ya hace tiempo que debíamos haber detenido a Ruhmkorff. Cuando un hombre de ciencia como él ha de recurrir a los créditos económicos, porque su sueldo no le llega, está al borde de cometer una tontería. Apuesto a que Dorman Heale está detrás de esto.

—¿Dorman Heale? —exclamó Milko—. Le conozco. Es un joven muy agradable…

—No puedo decirle que sí ni que no, profesor contestó Maio Kan. —No estoy en condiciones de hablar, sino de actuar. Espero que su ayudante sea encontrado antes de que resulte demasiado tarde. Ahora, si no tiene inconveniente, le agradeceré que me hable del antidisociador que ha descubierto.

—No puedo hablarle de eso —contestó Milko, con dignidad.

—Es necesario que lo haga, señor Milko. Si no lo hace usted, tendré que recurrir a la Dirección del Instituto y se me informará de todos modos. Dígaselo, capitán Oberon.

—Así es, profesor Milko. No nos haga usted perder un tiempo

que puede ser precioso.

—Está bien, si no hay otro remedio… Les explicaré lo que significa la muestra que ha desaparecido del laboratorio. Sospecho que no van a creerme, pero, antes de entrar en materia, quiero mostrarles algo. Vengan conmigo un momento.

Salieron del despacho y se dirigieron al laboratorio. Allí, Milko tomó una tabla, sobre la que había un conejito de Indias, y la llevó hasta colocarla en un moderno microscopio electrónico.

—Fíjense bien en esto… Me refiero a lo que hay sujeto a esta brida suelta… Mire por aquí, capitán Oberon.

El aludido miró a través de la lente del microscopio y al instante emitió una exclamación de asombro.

—¡Pero si es un cobayo!

El coronel Maio Kan también miró, sin inmutarse, y luego se volvió a Milko.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos?

—Absolutamente cierto, señor. Ese animal ha sido reducido a algo infinitesimal, invisible a simple vista, y sólo visible a través de un microscopio de cien mil aumentos. Ahora, pregúnteme lo que quieran.

Y a continuación los dos oficiales del Servicio de Seguridad escucharon la historia más inverosímil de cuantas habían oído contar en sus respectivas vidas. Una historia que era difícil creerla, ¡pero que no tenían más remedio que hacerlo, puesto que lo habían visto con sus propios ojos!

—¡Ahora comprendo el porqué del interés de Dorman Heale en todo esto! ¿No le dijo usted nada de sus investigaciones la noche que fue a cenar a su casa en compañía del Consejero Rabsari?

—No, señor. Me habló de unos tubos de acero inoxidable cuyo cálculo de dureza le interesaba. De esto no hablamos nada —contestó Milko—. Y dudo mucho que el señor Heale sea lo que ustedes pretenden…

Maio Kan sonrió y dijo:

—No conoce usted a Dorman Heale, profesor. Y es mejor así. No se preocupe de nada más. Nosotros nos encargáremos del caso. Ya recibirá noticias, nuestras.

Luego, Maio Kan se volvió al capitán Oberon y cambió con él unas palabras en voz baja. Se estrecharon la mano y el coronel se

despidió.

A partir de aquel momento, Dorman Heale sería detenido. La Seguridad Social se había hecho cargo del asunto.

* * *

Abi Rabsari accionó la palanca del visófono y fue reflejada en la pantalla la imagen del coronel Maio Kan.

—Deseo hablarle, Consejero Rabsari —dijo el coronel.

—¡Oh, sí! Suba usted. Le espero.

A los pocos minutos, un robot introducía al jefe de Seguridad Social en el suntuoso y amplio despacho que Abi poseía en el «International Bank».

—¡Vaya, esto es mejor que mi cuchitril! —exclamó Maio Kan, mirando a su alrededor al par que estrechaba la mano de Abi.

—Sin embargo, yo lo encuentro angosto y feo. Siéntese, coronel Kan… ¿A qué debo el honor?

—Seré explícito, señor Rabsari. Buscamos a Dorman Heale. ¿Sabe usted dónde está?

Abi negó con la cabeza.

—No. Pero… —Se interrumpió al oír un zumbido en el intercomunicador que tenía sobre la mesa—. Disculpe, coronel. —Pulsó un contacto y añadió—: Diga.

Una voz metálica surgió del altavoz del intercomunicador.

—Señor Consejero Rabsari, una señorita viene a retirar cien créditos de la cuenta de Dorman Heale.

—¿Cien créditos? ¡Eso es…!

También el coronel Kan se puso en pie, con visibles muestras de alarma y se acercó al joven Rabsari.

—No es esto todo, señor Consejero —continuó diciendo la voz—. La señorita que ha presentado el talón es Monna Milko, su prometida.

Abi Rabsari estuvo a punto de lanzar una exclamación; más el coronel Kan, hombre de rapidísimos reflejos, puso la mano sobre el brazo del joven, musitando en su oído:

—Diga que la retengan un instante…

—No efectúen ese pago. Esperen un momento.

Fue el propio Kan quien cerró el intercomunicador, diciendo

apresuradamente:

—¡Venga usted conmigo! ¡Hablaremos con su prometida!

Casi arrastrándolo, Maio Kan llevó a Rabsari hacia la puerta y luego hacia la amplia escalinata de acero rojo que comunicaba con el amplio vestíbulo del «International Bank», en el que habrían casi mil personas en aquel momento haciendo toda clase de operaciones bancarias.

A buen paso, pero sin exageraciones, Maio Kan y Abi Rabsari se encaminaron hacia la sección de pagos, eme era una sucesión de máquinas con ranuras para las entregas de talones y la salida del dinero. La persona que iba a retirar fondos se instalaba delante de la primera máquina que encontraba desocupada —¡a excepción de las pocas que había con el clásico «No funciona»!— e introducía su talón. Segundos después, previa comprobación, el dinero era entregado convenientemente empaquetado. El que lo recibía, sólo tenía que repasarlo, allí mismo, ante un «ojo mágico» de control, y luego se retiraba para dejar la «ventanilla» libre a otro cliente.

Y en una de aquellas máquinas de pagos estaba Monna Milko, con un vestido azul, muy ajustado que destacaba sus fascinantes formas, y sosteniendo un bolso metálico en la mano.

Abi y el coronel Kan la vieron. El primero quiso acercarse a ella, pero el otro le contuvo.

—Aguarde. Déjela hacer…

—Pero… ¡Es mi novia! —Y sin que Kan pudiera evitarlo, Abi se desasió y corrió hacia donde estaba Monna—. ¡Monna, cariño! ¿Qué haces aquí?

Ella se volvió, le miró brevemente, sin dar muestras de haberle conocido, y luego dirigió el rostro de nuevo a la máquina, taconeando en el suelo con impaciencia.

—¡Monna! —gritó Abi, palideciendo.

Fue a cogerla, pero el coronel Kan se anticipó, sujetándole a él, y retirándole con una fuerza natía común.

—¡Modérese, Rabsari! —Casi lo gritó al oído.

Mordiéndose los labios, el joven consejero se contuvo, pues mucha gente se había vuelto a mirarles, También se volvió Monna de nuevo, para dirigirle una despreciativa mirada.

En aquel instante, la máquina ante la que estaba Monna Milko zumbó ligeramente. La muchacha presionó un pulsador y, en el

acto, apareció un paquete en la ranura, muy bien envuelto, el cual tomó la muchacha con despreocupación e introdujo en su bolso metálico. Ni siquiera se preocupó en contar el dinero que le había entregado.

Dio media vuelta y pasó ante Abi Rabsari y el coronel Kan mirándolos de reojo y sin dirigirles la palabra.

—¡Monna! —suplicó Abi.

—¡Cállese y vuelva a su despacho! Yo la seguirá dijo Maio Kan. —¿Es que no se ha dado cuenta de que está bajo influencia magnética? Cree ser otra persona… ¡Haga lo que le digo! Ya recibirá noticias mías.

Maio Kan dejó a Rabsari y se fue detrás de Monna Milko, de cuya identidad no tenía la menor duda. Salieron a la calle, el uno a muy corta distancia de la otra, y cruzaron los pasos-puentes sobre las aceras rodantes, hasta que la muchacha llegó a un aparcamiento de autobólidos. Allí, recorrió la larga fila de aparatos y se detuvo ante uno, color verde plata. En el interior había un hombre que se inclinó para abrir la portezuela y dejarla entrar.

Al mismo tiempo, el hombre vio a Maio Kan e hizo un gesto rápido con la mano, extrayendo algo del interior de sus amplias ropas. Cuando el coronel Kan vio el objeto que empuñaba aquel hombre, se echó instintivamente al suelo.

¡Pero era demasiado tarde! Un delgado rayo azulado hendió el aire y Maio Kan se estremeció al verse rodeado por un halo azulado.

—¡Sube, pronto! —exclamó el hombre, dirigiéndose a Monna, la cual se había quedado a un lado, como una estatua inexpresiva.

Ella obedeció, subiendo al autobólido, para sentarse junto al hombre. Un instante después, cuando la gente empezaba a percatarse de que había ocurrido algo, el vehículo retrocedió, efectuó una rápida maniobra a un lado del aparcamiento y luego ascendió raudo hacia el cielo azul de la mañana, para ir a perderse sobre los edificios de la urbe.

La gente rodeó el cuerpo insensible del coronel Maio Kan, sin atreverse a acercarse, asustados ante el halo azul que rodeaba el cuerpo y que iba esfumándose paulatinamente. Antes de que hubiera desaparecido del todo, un hombre se abrió paso entre la gente y se acercó al caído, para examinarle más de cerca.

Cuando se incorporó, su rostro era como una máscara.

—El coronel Kan ha sido asesinado… ¡Está muerto! —anunció.

* * *

Al llegar a su despacho, Abi Rabsari llamó por visoteléfono a Powell Creek, a la residencia de los Milko. Fue la señora Milko la que contestó a la llamada, poniéndose ante el objetivo visor.

Nada más verla, Abi comprendió que algo grave había sucedido. El semblante de la mujer aparecía demudado y sus ojos mostraban indicios de haber llorado.

—¿Qué ocurre, señora Milko? —preguntó Abi, alarmado.

—¡Oh, hijo! ¡Algo terrible!… Mi esposo no lo sabe aún… ¡Cuando se entere sufrirá una fuerte impresión!

—¿Se trata de Monna?

—Sí. Se ha ido. Parecía una muchacha distinta. ¡No era nuestra Monna! ¡Algo tremendo le ha sucedido, lo presiento! Me miró como si no me conociera y me dijo… ¡Oh, me dijo algo terrible! ¡Dijo que yo no era su madre, que no me conocía y que se iba con su esposo!

—¿Su esposo? —Abi Rabsari apretó los puños hasta clavarse las uñas en la palma de la mano.

La señora Milko abrió la boca para responder, diciendo únicamente: «Eso fue lo que…», y su imagen se borró de la pantalla visora. En su lugar apareció un rostro desconocido para Abi.

—Perdón, Consejero, por interrumpirle. Esto es urgente. Soy el sustituto del coronel Kan… ¡Acaban de asesinarle con una sobrecarga de rayos paralizantes! Se lo han llevado al hospital para ver si podían hacerle un proceso de reanimación.

—¡No! ¡Pero si acabo de verle no hace ni…!

—Lo sé —continuo diciendo aquel hombre—. Por esto le he llamado. Debemos actuar aprisa. ¿A qué fue a verle el coronel Kan? Explíquemelo todo sin omitir detalle. Debemos reanudar las investigaciones en el instante en que Maio Kan las dejó.

Aturdido, Abi explicó la vista del coronel de Seguridad Social, y lo que habían visto en el vestíbulo.

—Estoy seguro de que era mi prometida. El coronel me impidió hablar con ella y luego la siguió.

—En efecto. Lo mataron en el mismo instante de salir del banco. No hace de esto ni cinco minutos. Bien, gracias, señor Rabsari.

Tenga usted cuidado con un hombre llamado Dorman Heale. Él es el asesino de Maio Kan. Nos ha sorprendido un poco, pues actúa con una velocidad y una audacia impresionante. Pero le detendremos. Adiós.

Abi Rabsari ya no esperó a restablecer la comunicación con la señora Milko. En cuanto hubo desaparecido la imagen del sustituto del coronel Kan, Abi abandonó la oficina.

Salió al exterior precipitadamente y se dirigió a donde tenía aparcado su viejo autobólido. A los pocos minutos estaba en el hotel West, en el que sabía se hospedaba Dorman Heale.

El conserje le informó:

—No está, señor Rabsari. Y no es usted el único que pregunta por él. ¿Ve usted aquel hombre que está sentado en el reclínatele del rincón?

—Sí —contestó Abi.

—Es un agente de seguridad. También espera al señor Dorman Heale. Parece que hay algo contra él.

Abi no esperó más. Dio media vuelta y salió del hotel, decidido a encontrar a Dorman, aunque tuviese Que remover toda la ciudad. Preguntó en todos los hoteles, en albergues, en restaurantes… Deambuló durante horas, hasta que anocheció yendo de un lugar a otro, al
«Brongo's»,
al «Hulligan-X», al «Excelsior», al «Monolito», en fin, a todos los lugares de Nueva Melbourne.

Cuando preguntando en un hotelito de los suburbios, un hombre se le acercó.

—¿Para qué busca usted a Dorman Heale? —preguntó el desconocido.

—¿Sabe usted dónde está?

—¡Qué más quisiera yo! —contestó aquel individuo, que resultó ser un agente de seguridad.

Al aclarar Abi las cosas, el policía le dijo cordialmente:

—Le aconsejo que deje usted de buscarle. Ya lo hacemos nosotros. Y mi experiencia en estas cosas me dice que no lo encontraremos nunca. Dorman Heale, a estas horas, ya estará en los confines del Sistema. ¿Sabe usted lo fácil que es dirigirse a Júpiter, por ejemplo, y adquirir allí la personalidad de otro hombre? Eso no

sería posible si Dorman Heale estuviese controlado por nosotros. Pero no lo está y él lo sabe. Hágame caso. Deje de buscarle, no lo encontrará.

El agente tenía razón.

Y, sin embargo, mientras Abi Rabsari buscaba a Dorman Heale, éste lo buscaba a él, puesto que le necesitaba.

Era casi la medianoche cuando, derrengado, Abi renunció a seguir buscando, y regresó a su domicilio. Se caía de fatiga y sueño al llegar ante su puerta e introducir el contacto foto-celular en lo que podía ser considerado como cerradura.

La puerta se abrió y Abi entró dando cabezadas. Mas, en cuanto cerró la puerta a su espalda y se encendió la luz, una voz detrás de él le hizo volverse como un rayo.

—¡Al fin llega usted, amigo Rabsari! ¿Dónde ha estado?

¡Allí, recostado contra el muro, con una pistola paralizante en la mano, estaba Dorman Heale, sin máscara, apuntándole con el arma y sonriendo!

Y sentado en un sillón había dos personas más, silenciosas, mudas, mirándole con expresión indiferente. Eran un hombre y una mujer. Él era Tanaak, y ella… ¡Monna Milko!

—¡Monna! —exclamó Abi, al verla.

Ella, en cambio, sin alterar la expresión de su rostro, respondió:

—Ése es el hombre que me llamó Monna en el vestíbulo del banco. ¿Quién es?

—Un amigo mío, querida Udia… El que nos va a guiar hasta las cámaras acorazadas del «International Bank», de donde sacaremos créditos de platino en suficiente cantidad para vivir como maharajás el resto de nuestros días. ¿Verdad que sí, amigo Rabsari?

—¿Qué significa esto?

—Enseguida lo verás, amigo… Tanaak, dile a Ruhmkorff que venga con el antidisociador.

El hombre que estaba sentado junto a Monna se levantó y desapareció en la puerta que conducía a la sala de estar del pisito de Abi Rabsari. Dentro habló con alguien… Con Ruhmkorff, que también estaba allí escondido.

CAPÍTULO VII

Casi con furia, el profesor Ruhmkorff clavó la aguja hipodérmica en el brazo de Abi Rabsari, mientras Dorman y Tanaak le sujetaban con todas sus fuerzas.

A un lado, Monna Milko contemplaba impasible la escena. Se creía Udia Laza, debido a la hipnosis magnética a que la había sometido Dorman Heale la noche anterior, mientras dormía, y ni siquiera creía conocer al hombre que gritaba desaforadamente, suplicándole, llamándola von voz desgarradora.

Cuando los isótopos radioactivos del talio penetraron en la sangre de Abi, dispersándose rápidamente por todo su cuerpo, un hormigueo extraño le invadió. Dejó de resistirse.

Como entre brumas, vio a Ruhmkorff retirándole la jeringuilla del brazo e incorporándose. Incluso escuchó sus palabras, pero no las entendió. Un confuso aturdimiento le invadía la mente.

¡Estaba seguro de que le había matado!

La muerte le paralizaba ya. La sentía dentro de sí, parecía palparla, incluso verla. Y la visión se borró ante los ojos, a la vez que doblaba la cabeza.

Luego vino aquella sensación extraña. No supo si se había dormido o estuvo inconsciente todo el tiempo, Lo que sí vio perfectamente fue un alto techo metálico de color verde, como el de su propio apartamiento.

Pero era un techo muy alto. Y… ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquello? A su lado, sobre aquel áspero suelo en que se encontraba tendido, vio algo así como ropas arrugadas, ropas vastas, de gruesos hilos, y muchas cosas blancas flotando en el aire.

Tuvo sensaciones insólitas. Jamás la había experimentado antes.

En primer lugar, creyó estar solo. Un raro silencio le envolvía.

Miró en torno, viendo ahora, claramente, que estaba en su propia habitación. Aquéllos eran sus muebles, aquélla la puerta disimulada de su guardarropa, la mesita empotrable, su reloj atómico. Pero ¿qué pasaba?

¡Todo era muy grande!

Se movió, viendo que las ropas que llevaba puestas le venían anchas, ¡muy anchas! Sacó el brazo de la manga sin esfuerzo alguno, cuando sus ropas siempre habían sido ajustadas. Entonces, sintió algo en su mano. Se la miró y vio un aro dorado en su dedo corazón. Era el anillo que le regaló Monna. Sí. ¡Pero había crecido desmesuradamente! Se le cayó de la mano al abrir los dedos.

—¡Dios mío, protégeme! ¿Qué me está ocurriendo?

Luego se tentó el cuerpo, viendo que las ropas le colgaban flácidas, y que la cama sobre la que estaba tendido era grande, muy larga y ancha.

¡Todo a su alrededor tenía proporciones exageradas!

Al ponerse en pie, las ropas que le cubrían cayeron al suelo, quedando enteramente desnudo. Tomó la camiseta termógena y se la enrolló al cuerpo. Cuando quiso saltar de la cama se le cayeron también los zapatos de «fibra-glass», los cuales produjeron un ruido espantoso. Miró abajo, sentado al borde del lecho, y le pareció que el suelo estaba a casi dos metros de altura.

Aun así, aterrado ya, saltó y encogió las piernas, quedando de pie.

—¿Qué está sucediendo en torno a mí? ¿Es que todo aumenta o yo me he quedado convertido en un pigmeo?

Corrió hacia el tocador y se subió a la banqueta metálica. Tuvo que agarrarse con ambas manos y luego izarse, mediante un titánico esfuerzo. Una vez sobre la banqueta, se miró en el espejo. Su aspecto le hizo sonreír. Parecía un payaso con aquella enorme camiseta alrededor del cuerpo. Y notó que la prenda era de un tejido ordinario, de gruesos hilos.

Mirándose en aquel gran espejo —que no por grande dejaba de ser el de su alcoba—, escuchó un zumbido fuerte en sus oídos. Pero, cosa curiosa, el ruido aumentaba y disminuía al mismo tiempo. Abi tuvo la impresión de que en sus oídos se estaba produciendo un extraño fenómeno.

Así, el martilleo de su reloj de pulsera, que le había caído de la

muñeca, sin darse cuenta, sonaba fuerte, sonoro, rítmico. Luego, los ruidos cesaban.

También observó, al bajarse de la banqueta, que su altura había aumentado. Cuando subió a ella, llegaba con la cabeza hasta el asiento. Al bajar, y tocar el suelo áspero con los pies desnudos, el asiento de la banqueta estaba más alto que su cabeza.

Al mirar asustado a su alrededor, vio partículas multiformes flotando en el aire. Eran como esas moléculas de polvo que flotan en un rayo de luz, ¡pero de un tamaño mayor! ¡Parecían piedras irregulares que iban de un lugar a otro, sin orden ni concierto, a capricho!

Luego, se quedó mirando fijamente sus zapatos, caídos junto a la cama cada vez más alta, y le parecieron aumentar de tamaño. Al tomar uno, y pese a estar hechos de un material ligero, muy flexibles y cómodos, Abi notó un enorme peso.

También notó que la camiseta que envolvía su cuerpo se agigantaba, tirando de él hacia abajo. Corrió hacia la cabecera de la cama y vio un enorme libro impreso. Lo examinó, subiéndose sobre él. Y vio las grandes letras, reconociéndolo en el acto. Era una biografía que había estado leyendo días atrás, y que, por lo visto, se había caído al suelo… ¡Pero la biografía era casi tan grande como Abi!

—¡Esto es una locura! ¿Es que me he reducido? ¿Es que todo está aumentado?

Y, de repente, Abi Rabsari tuvo un pensamiento. Con una celeridad increíble, la verdad le sacudió como si con ella le hubieran aplicado una descarga eléctrica de alto voltaje.

¡El disociador atómico del profesor Dean Milko!

Incluso vio a Ruhmkorff inyectándole el contenido rojizo de una jeringuilla hipodérmica. Y vio a Dorman Heale, sujetándole, y a un joven desconocido… ¡Y a Monna, impasible, a su lado! Toda lo recordó en aquel mismo instante, dándose un golpe en la frente.

Se volvió hacia la puerta en el mismo instante en que ésta se abrió bruscamente, agitando aquellas partículas que flotaban en el aire, para dar paso al desconocido que viera sentado junto a Monna. Era Tanaak… Pero un Tanaak alto, gigantesco, de seis u ocho metros de altura.

Miró a Abi, sonriendo, y habló con voz de trueno:

—Hola, Consejero. ¿Qué le parece?

Abi saltó hacia las piernas de Tanaak, gritando:

—¿Qué es esto? ¿Qué me habéis hecho, canallas?

Tanaak rió, volviéndose. Al mismo tiempo, entre sus piernas apareció Dorman Heale, cubierto sólo con un *slip* de goma que se ajustaba perfectamente a sus caderas. Y en la mano traía un objeto afilado y agudo.

El ladrón sonreía satisfecho. ¡Y su estatura era aproximada como la de Abi Rabsari!

—No grites tanto, amigo Rabsari —dijo Dorman—. Estamos experimentando el descubrimiento del amado profesor Milko. ¿No es maravilloso ver lo pequeños que nos hemos quedado? Dentro de un par de horas seremos tan pequeños que nadie podrá vernos.

Rabioso, Abi se lanzó contra Dorman, con intención de golpearlo, sin hacer caso de la aguja afilada que, a modo de arma blanca, empuñaba el otro. El malhechor, sin embargo, no la utilizó contra él. Ni tampoco Abi pudo alcanzar al bandido. Tanaak se inclinó, sujetó a Rabsari por la cabeza y rió, diciendo con su potente voz:

—¡Vamos, vamos, pequeño; modérate!

—Es mejor que te lo tomes con calma, amigo Rabsari —añadió Dorman—. Ven, te daré uno de los *slips* que he traído. No estás en condiciones de que te vea Monna… ¡Ah, siento haber tenido que hipnotizarla! Necesitaba saber lo que habló con los agentes de seguridad. Ahora ya sé que me buscan y seré precavido. Pero no me encontrarán. Para ello, sería preciso que los agentes pudieran disminuir de tamaño como nosotros.

—¿Qué ha hecho usted, Dorman? ¿Dónde está Monna?…

—Está aquí. También ha sido inyectada como tú y como yo, y sigue hipnotizada. Cree que es una muchacha de vida equívoca a la que maté anoche en la calle 23. Se llama Udia Laza y no servía para nada… ¡Ah, el pobre Ruhmkorff también está muerto! Mi pistola paralizante se estropeó y dispara un exceso de carga. ¡Qué lástima!… Ven, Abi Rabsari, verás a Monna.

Tanaak retiró su enorme anatomía de la puerta y Abi siguió a Dorman al salón. Allí también había aumentado el mobiliario de un modo enorme. A un extremo, tendido en el suelo, yacía el gigantesco cuerpo de Ruhmkorff, inmóvil.

Abi, al verle, se detuvo. Dorman se volvió sonriente y señaló con aquella aguja afilada que empuñaba como si fuera un puñal.

—Mírale, su ambición le ha matado… Allí, en el extensible, está Monna durmiendo. —Dorman se volvió al gigante Tanaak y le gritó —: Oye, por si luego no puedes oírme, recuerda bien mis instrucciones.

—No las olvidaré, jefe. Descuide… Estoy disfrutando como jamás lo hice en mi vida. ¿Ha visto cómo he vestido a su muñeca?

Monna estaba embutida en una especie de rodillera que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Abi no podía verla bien desde el suelo, porque el extensible era un sillón que parecía tener cuatro metros de altura.

¡Pero la disminución de tamaño continuaba, y él se daba perfecta cuenta!

* * *

Antes de marcharse, Tanaak había bajado a Monna del extensible. Ahora estaba tendida sobre el rugoso suelo, cerca de donde Abi estaba sentado con la cabeza entre las manos, trémulo y asustado.

En torno a él, todo había aumentado de un modo fabuloso. El aire parecía lleno de macromoléculas que iban de un lado a otro con extraño ruido. El techo del salón se había distanciado, formando un cielo distante y nebuloso.

Dorman, paseándose sobre un grueso papel, de muchos metros cuadrados, seguía estudiando el plano del «International Bank», riendo de vez en cuando y volviéndose hacia donde Abi meditaba su infortunio. La voz de Dorman parecía llegar de muy lejos.

—¡Eh, amigo Rabsari, creo que ya sé cómo están distribuidas las cajas acorazadas! Dentro de poco podremos ir al banco.

—¡No iré! —respondió Abi con energía.

Una macromolécula flotante golpeó a Abi en el rostro blandamente, pero su aspereza le hizo echarse atrás, emitiendo un grito. También volaban extraños insectos que, al principio habían sido como minúsculos zoolitos, pero que ahora eran casi tan grandes y deformes como monstruos. Sin embargo, se trataba de animales ciegos, de seres primitivos, de los que pululan el aire y de

los que los animales y seres humanos ingieren grandes cantidades al respirar sin que les perjudiquen.

No obstante, en tales condiciones, Abi no habría podido tragarse ni uno solo de aquellos horribles animales, más grandes que su cabeza.

Al mismo tiempo, Monna se agitó en el suelo y emitió un gemido. Abi la miró y se puso en pie, yendo hacia ella para cubrirle el cuerpo con la rodillera que había aumentado mil veces su tamaño, y dentro de la que estaba la muchacha como un ser corriente estaría dentro de la lona de un circo.

—¡Monna! —gritó Abi, con el rostro demudado.

Ella parpadeó y abrió los ojos, mirándole.

—¿Quién es usted?… ¡Ah, el hombre que me confundió…! —Monna se interrumpió al mirar alrededor.

Y un grito aterrador se escapó de su garganta al ver el ambiente que la rodeaba. Al mismo tiempo, Dorman Heale llegó corriendo y sacudiendo el aire cargado de moléculas gigantes.

—¡Déjala, Consejero! —exclamó Dorman—. Esa mujer ya no te pertenece. ¡Es mía! ¿Comprendes?

Al decir esto, Dorman puso la aguja de coser que empuñaba ante el pecho desnudo de Abi y le miró con ojos centelleantes.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? —preguntó Monna, sorprendida, aunque no se alarmó al verse ante dos hombres semidesnudos.

Empero, al ver su estado, levantó la rodillera y se ocultó tras ella.

—No te preocupes, Udia —habló Dorman—. Haré un pequeño traje para ti. Parece mentira lo esponjosas que son estas moléculas que flotan por doquier. Es polvo, partículas fibrosas. Estirándoles y dándoles forma, cubriré tu cuerpo. Soy un ser civilizado y me disgusta ver a una señorita en ese estado.

En efecto, Dorman agarró una molécula, casi tan grande como él, y la estiró con las manos, haciendo de ella una delgada y ancha esponja, que, en las medidas comparativas del ambiente, era como una sábana. Bien es verdad que tenía infinidad de agujeros, pero Monna supo envolverse en aquella prenda, saliendo de detrás de la enorme rodillera como si fuera un gusano de seda envuelto en su capullo.

—¿Es que no me conoces, Monna? —le preguntó.

—¿Qué le pasa a este tipo, señor Heale? Pero, antes que nada, ¿quiere explicarme lo que significa esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué mundo es éste?

Dorman volvió a reír. Señaló a la montaña que semejaba el cuerpo muerto de Ruhmkorff y respondió:

—¿Recuerdas aquel hombre, querida? Él nos puso una inyección para disminuir de tamaño. Y nos hemos quedado tan pequeños como un microbio. Pero no temas nada, preciosa. Mi fiel Tanaak se ha quedado fuera de esto y nos ayudará eh el momento oportuno. Ahora, si no tienes inconveniente, iremos a dar un paseo por la ciudad. Habrá que tener cuidado de que alguien no nos aplaste. Necesitaremos correr mucho para esquivar una suela de zapato. Tenemos que ir al «Internacional Bank» y penetrar en las cajas da seguridad… ¡Los pigmeos del siglo XXI se disponen a robar una suma de dinero que, comparada con nosotros, será más grande que el Himalaya! ¡Ja, ja, ja!

—Yo no iré a ninguna parte, Dorman —respondió Abi tranquilamente—. No me moveré de aquí hasta no haber recobrado mi tamaño normal.

—¿No-vendrás, amigo mío? —Dorman se volvió a Monna y le dijo—: Udia, querida, ve a dar una vuelta por ahí y acostúmbrate a este raro ambiente. Deseo hablar con el buen Abi un instante.

—Sí, señor Heale —respondió la muchacha en tono sumiso, perdiéndose entre los pliegues de la rodillera.

Entonces, con su enorme aguja de mano —¡incluso la aguja que Dorman utilizaba como espada era ya tan grande como ellos!— el ladrón internacional se encaró con Abi, diciéndole en tono amenazador:

—Óyeme bien, estúpido. ¿Por qué crees que he traído a Monna Milko con nosotros? ¿No te has dado cuenta aún de que está hipnotizada y que hace lo que yo le mando? Ella es mi garantía para que nos acompañes. Si te niegas a venir, no la verás más, ni en grande ni en pequeño, ¿me entiendes? Monna cree ser Udia Laza, la cual murió. Y cree que soy el hombre más maravilloso del mundo. Su mente está dirigida por un controlador de ideas que emite en la frecuencia de su cerebro, y que maneja mi compañero Tanaak.

Escuchando a Dorman, Abi sintió que estaba atrapado. Y pensó

que nadie podía reprocharle haber accedido a colaborar en Dorman en tales circunstancias. Claro que bien podía luchar contra él y procurar vencerle. Estaba seguro de conseguirlo, pese a la aguja que empuñaba el otro, pero ¿qué iba a conseguir? ¿Matar a Dorman? ¿Qué ocurriría luego? Su compañero Tanaak, que no debía estar lejos, acudiría y lo aplastaría sin remisión.

—Atiende, Rabsari. Sólo deseo que me indiques el camino a los ascensores neumáticos del interior del banco. Es fácil. No deberás hacer nada. Tanaak y yo lo haremos todo.

—¿Y qué harás con Monna cuando hayas terminado?

—La volveré a su estado normal. Volverá a ser Monna Milko y…

Dorman sonrió cordialmente, mordiéndose la lengua. No quiso decir lo que se proponía hacer con Abi Rabsari para no empeorar la situación. Pero en sus proyectos entraba la muerte de Abi Rabsari, el aniquilamiento.

¡Y, hasta el momento, Dorman Heale había realizado cuanto se propuso!

* * *

Sin embargo, los planes de Dorman Heale se habían malogrado hacía varias horas. En el mundo normal de los habitantes de Nueva Melbourne, Tanaak había salido del apartamiento de Abi Rabsari, para cumplir una parte del plan de su jefe, y, aunque iba cubierto por una máscara de plástico, no pasó inadvertido para el agente de seguridad que, provisto de extrañas gafas verdes y que miraba a toda la gente que pasaba.

El escurridizo Tanaak había sido localizado, y pronto, dos agentes estuvieron en su inmediato seguimiento. Precisamente cuando Tanaak iba a tomar el helicobús de Powell Creek, los dos agentes de Seguridad Social le detuvieron, metiéndolo seguidamente en un autobólido pintado de negro, dentro del cual le aplicaron un narcótico de efectos inmediatos.

De este modo, sin oponer la menor resistencia, Tanaak fue conducido a «La Colmena», donde fue sometido a «tratamientos especial».

El cómplice de Dorman Heale conocía muchos trucos para burlar a la policía de seguridad. Más no lo consiguió esta vez.

Precisamente, el asesinato del coronel Maio Kan tenía a todo el Servicio de Seguridad en plena ebullición e incluso se recurrió a viejos métodos para hacer hablar a Tanaak.

El que más efecto dio, pese a la resistencia mental que opuso Tanaak, fue, sin duda, el moderno «encefaloscopio» —un aparato que recogía las imágenes mentales del cerebro y las transformaba en visiones que podían ser proyectadas sobre una pantalla—. Pero la obstinación del detenido obró efectos contrarios. Y cuando el sustituto del coronel Kan quiso darse cuenta, las imágenes de la mente de Tanaak se interrumpieron… ¡Porque el ídolo de las mujeres en las playas mediterráneas había muerto!

Los agentes de seguridad hicieron todo lo humanamente posible por «resucitarle», dada que no era la primera vez que un muerto reciente se recuperaba con el adecuado tratamiento. Pero fue inútil. Tanaak murió irremisiblemente por negarse a colaborar con los agentes de seguridad.

Sin embargo, las imágenes que dio el «encefaloscopio» fueron suficientes para comprender lo que estaba ocurriendo. Así, el jefe del grupo se puso inmediatamente en contacto con el capitán Oberon, Jefe de los Servicios de Seguridad de Powell Creek, y le informó de lo que ocurría:

—Oberon, escuche bien. Ignoramos cómo, pero Dorman Heale ha conseguido del profesor Ruhmkorff la muestra antidisociadora de talio radiactivo. En estos momentos, Dorman, Monna Milko, la hija del profesor Milko, que está hipnotizada, y el Consejero Rabsari, los tres, están disminuyendo de tamaño. Creemos que pronto desaparecerán de la vista y no podrán ser localizados. No hemos podido averiguar dónde están, porque nuestro informante ha muerto. Pero registraremos el apartamiento del consejero Rabsari y el de una mujer llamada Udia Laza, hasta dar con ellos.

—¿Y qué puedo hacer yo? —inquirió Oberon, perplejo.

—Tráigase al profesor Milko. Él puede ayudamos. No podemos perder ni un momento. ¿Me han comprendido? ¡La única solución que yo veo a todo esto depende del profesor Milko!

—Perfectamente. Voy para allá ahora mismo. Creo que el profesor estará en su laboratorio.

—No pierda ni un minuto, Oberon, ¡por Dios!

Sin embargo, un cuarto de hora después, el capitán Oberon

llamó por visoteléfono a Nueva Melbourne y, con rostro demudado, informó:

—¡El profesor Dean Milko ha desaparecido! ¡No lo encontramos por ninguna parte! Y lo curioso es que sus ayudantes nos han informado de que anoche se quedó en el laboratorio.

»Dicen, que estuvo haciendo una nueva cápsula de antidisociador para reemplazar a la que había desaparecido.

—¡Noooo! —exclamó el sustituto del coronel Kan, en tono desgarrado.

CAPÍTULO VIII

Cuando se marcharon los agentes de Seguridad Social, Dean Milko se sentó en una banqueta de la sección burocrática, con la cabeza hundida en el pecho. Así permaneció reflexionando durante más de una hora.

Pensó en Ruhmkorff y en la jeringuilla del antidisociador. Su mayor interrogante era: ¿Qué iba a ocurrir? ¿Qué había hecho su ayudante con el antidisociador? ¿Se lo había dado a Dorman Heale? ¿Y quién era Dorman Heale?

Luego estuvo pensando en algo aterrador. Él había trabajado durante años en aquella teoría. Él ambicionó siempre ser el primero en someterse a la prueba, penetrar en el nivel infinitesimal de la materia, ser el primer «microbio humano» y explicar sus experiencias.

¿Qué había ocurrido ahora?

Después de la experiencia del cobayo, Ruhmkorff se había apoderado del antidisociador y, posiblemente, ahora estaría ya convertido en un hombre minúsculo.

—¡Nooo! —chilló Dean Milko—. ¡La idea es mía! ¡Yo he madurado mi descubrimiento durante muchos meses, me pertenece, es mi creación!

Un instante después, Dean Milko salía del despacho y decía a sus ayudantes:

—Ruego a ustedes que se marchen a descansar. Quiero estar solo.

Nadie se opuso. Todos le respetaban y comprendieron que debían respetar sus órdenes en aquellos instantes en que la presencia de los agentes de Seguridad Social indicaba claramente que algo no marchaba bien. Por esto, en silencio, los hombres y

mujeres que formaban el equipo de colaboradores del profesor Milko se dirigieron a la salida.

Luego, como tenía por costumbre cuando quería quedarse aislado en el laboratorio, Dean Milko retiró los fusiles de las cajas electrónicas de cierre que tenían las puertas y regresó al laboratorio.

Allí permaneció trabajando durante varias horas con el reactor de talio, hasta conseguir otra cápsula de antidisociador. Sus ojos reflejaron el rojo destellante contenido en la cápsula que sujetó con las pinzas.

Después se dirigió al laboratorio de química, donde encontró otra jeringuilla. Manejó con cuidado el antidisociador, trasvasándolo a la jeringuilla, absorbió el líquido neutro y lo agitó casi con lentitud litúrgica. El sobrante lo vertió en un recipiente evacuador de residuos, que fue absorbido por el colector de detritus del laboratorio.

Hecho esto con la meticulosidad de un ritual, Dean Milko fue a sentarse sobre un taburete y se arremangó el brazo.

La jeringuilla parecía temblar en su mano.

Vaciló.

—Estoy seguro de que saldrá bien… ¡Y no quiero pensar en las consecuencias! ¡No puedo detenerme a pensar en ellas! ¡Ruhmkorff tampoco las pensó!

De pronto, Milko clavó la aguja hipodérmica en su brazo y empujó el émbolo.

—Ya está… Ahora no puedo volverme atrás… Así, despacio… ¡Todo el contenido!… ¡Ya estoy minimizado contra la disociación atómica! Esperaré diez minutos a que haga efecto… ¡Y luego realizaré la experiencia más fantástica que habrá hecho jamás humano alguno! ¡Veré aumentar las cosas de tamaño hasta que un átomo adquiera en mis manos el volumen de una naranja o de un balón!

Dicho esto en un tono grandilocuente, el profesor Dean Milko se extrajo la aguja hipodérmica del brazo, la depositó sobre la mesa, junto con la jeringuilla, y se puso en pie.

Sonreía al dirigirse hacia el gran laboratorio exterior. Allí, en el umbral del pequeño laboratorio de química, contempló la gran sala y el enorme reactor de talio —¡su obra!—, y levantó airosamente la

cabeza.

En su cuerpo sintió un extraño hormigueo.

—Ya empieza la reacción… No será más que un ligero aturdimiento… Nada de importancia, estoy seguro —se dijo.

Avanzó hacia el panel de control remoto del reactor, Ante él se detuvo unos minutos. Sus manos parecían extenderse hacia los mandos. El disociador atómico estaba en marcha. Era algo que debía estar siempre así. Hasta el momento no había descubierto el modo de detenerlo. Era algo que había escapado a la fuerza y saber de los hombres.

Jamás había podido comprobar si sus efectos eran reales, hasta la noche anterior, por medio del cobayo. Ahora podría verlo con sus propios ojos.

¡Tenía que ver el efecto! ¡Estaba seguro!

Miró su reloj de pulsera. Era preciso quitárselo. ¿Y la ropa? Bueno, después vería. Posiblemente se le caería sola. Quizá tuviera que envolver su cuerpo en un pañuelo.

Sonrió ante estos pensamientos. Sería como volver al origen de los hombres, donde la desnudez no era una vergüenza ni una inconveniencia siquiera. Pero él era un hombre de ciencia y un padre de familia. Además, el pañuelo que cubriera su cuerpo pronto quedaría grande. Y… ¿cómo se volverían los hilos que habían tejido su fino pañuelo? ¿Cómo gruesas estachas para amarrar barcos?

Al dejar su reloj de pulsera sobre el tablero de control, vio que eran las diez y cuarto de la noche. En aquel instante, creyó tener ante sus ojos una leve neblina gris o azulada.

Luego, los brasas le cayeron pesadamente a lo largo del cuerpo.

* * *

A los diez minutos justos de haberse inyectado el antidisociador, Dean Milko empezó a sentir cosa extrañas. Extrañas, porque jamás las había experimentado antes. Y también empezó a captar los cambios en torno suyo.

Milko había esperado ver aumentar el tamaño de las cosas. Y se equivocó. Lo que sintió primero fue su propia disminución. Su cuerpo, su carne y huesos, empezaron a empequeñecer.

Lo primero que experimentó en la tensa espera fue algo que se

escurría en su dedo anular. Un objeto metálico. Cerró instintivamente la mano y levantó el brazo.

¡Su anillo de casado se le había salido sólo del dedo!

Luego percibió que las ropas empezaban a colgarle amplias y fláccidas en su cuerpo. Eran las primeras sensaciones internas, las suyas propias. Las exteriores vendrían después. Y cuándo abrió la mano el anillo se le escapó de entre los dedos.

Pronto quedó pasmado ante lo que se ofrecía a sus ojos.

El tablero de control del reactor de talio parecía moverse. ¡Estaba elevándose! ¡Las paredes del vasto laboratorio se distanciaban! ¡La sala se agigantaba!

¡¡Y él se sentía cada segundo más pequeño!!

¡¡¡Todo adquiría a su alrededor proporciones descomunales!!!

—¡Santísimo Dios! —exclamó, aterrado—. ¿Qué he hecho?

A la vez, percibió un tremendo ruido. Algo vibraba con fuerza en su oído, y luego se apagaba un tanto, para repetirse con mayor fuerza y haciéndole oscilar la cabeza.

Era el zumbido del reactor de talio, aumentado por su propia disminución auditiva.

Pero el aumento de las cosas continuaba por instantes. ¿O era la disminución de su figura? Ahora, la bata blanca le llegaba hasta los pies, sobre los que habían caído los pantalones y los calzoncillos.

Y también empezó a percibir objetos y cosas que no había visto antes. Pequeñas partículas flotando en el aire. Al principio, eran moléculas insignificantes, pero, poco a poco, adquirían cuerpo, se hacían tangibles.

¡Y todo seguía aumentando!

Dio un paso atrás y sus pies bailaron dentro de sus zapatos, enredándosele en las prendas caídas. Incluso se le salió un pie del zapato… ¡Un zapato de gigante! ¡Un zapato que crecía a cada segundo!

Tuvo la sensación de que la bata de hilo tiraba de él hacia abajo. Rápidamente desabrochó los ya grandes botones y se la quitó, arrojándola al suelo.

Entonces, Milko recordó el pensamiento que tuvo antes. Medio desnudo, se inclinó sobre las prendas caídas y hurgó entre ellas. Sintió la aspereza de la tela, cuando siempre había percibido el tacto fino del tejido sintético. Extrajo el pañuelo… ¡Y vio que era

suficientemente grande como para envolverle la cabeza!

Estuvo mirándolo con atención, viéndolo aumentar, captando las asperezas del hilo, las hilachas. También miró el reloj de pared que había sobre el muro de cristal de la cabina de «Niels Bohr II».

¡Un descomunal reloj, muy lejos de él, que marcaba las diez y media!

Dean Milko se quitó también la camisa.

Luego… Bueno, su pasmo le dejó unos minutos, muy pocos, en suspenso, meditando sin saber lo que pensaba. Cuando volvió a mirar de nuevo a su alrededor, el aire parecía densamente poblado… ¡Y apenas se captó a ver el muro frontero! ¡Ni el techo! ¡Y las luces del laboratorio eran distantes luciérnagas suspendidas en un cielo lleno ya de extrañas cosas que antes se habían mantenido invisibles!

Ahora, el pañuelo de bolsillo era como una sábana cuadrada de tosca arpillera.

¿Y sus zapatos? Los reconoció con dificultad. Estaban a su lado y seguían creciendo, cuando ya eran casi tan altos como él mismo.

El reactor de talio era ya una montaña. Y la hebilla de la pulsera de su reloj, que colgaba fuera del tablero, parecía un gigantesco cepo de tosco metal.

Le fue preciso quitarse el peso de sus propias prendas interiores. Y no se las quitó, propiamente dicho, sino que salió de ellas saltando entre los pliegues. Ahora no le avergonzaba su desnudez. Tampoco sentía frío, como si la temperatura hubiese aumentado con el tamaño de las cosas. El pudor se había esfumado en él y sólo estaba embargado por una gran sensación de pequeñez, de insignificancia.

—Y continúo viéndolo todo perfectamente.

No era exacto. Veía más cosas que antes, aunque el contorno del laboratorio lo veía distanciarse. A su alrededor flotaban pequeños insectos que parecían como larvas o extrañas moscas voladoras. Se movían entre las macromoléculas del aire. ¿Eran piedras flotantes? No, puesto que alargó la mano —¡mano que a él parecía seguir siendo normal!— y agarró una. Era algo blando, fibroso, que se partió en dos y continuó agitándose en el aire denso.

Y recordó que el aire del laboratorio estaba filtrado y purificado. ¿Qué vería, pues, al salir del laboratorio?

¿Salir del laboratorio?

Este pensamiento se le ocurrió por asociación de ideas. Y echó a correr, tropezando con aquellas partículas que flotaban en el aire. Como hacia la puerta. ¡Y le pareció que había estado haciéndolo durante muchos metros! La gigantesca puerta parecía muy distante. Al otro lado de una enorme explanada… ¡Y llegó un momento en que necesitó dar diez pasos para recorrer una sola baldosa!

* * *

No le fue difícil salir del laboratorio. Se deslizó por debajo de la fabulosa puerta. El resquicio era escaso. Unos cuatro o cinco milímetros. Pero Milko se pegó al suelo y pasó reptando. Lo difícil vino después, con la otra puerta, la que conducía a la cámara de antiradiación y que era completamente hermética. Detrás de la cámara había un pasillo y los vestuarios.

Pero la cámara de desradioactivación era infranqueable. Él había retirado los fusiles de las cajas de cierre electrónico.

El tiempo también parecía haber sufrido una gran mutación, pues Milko había perdido la noción de él. Luego, Milko se dijo que el tiempo continuaba invariable. Lo que habían sufrido alteración eran sus sensaciones, dado que, cada vez que volvía la vista en torno, captaba impresiones diferentes.

Hasta la pintura de las puertas era como un grueso y áspero emplasto como de barro blanco pegado al hierro rugoso. El suelo era escabroso, desigual, y las junturas de las baldosas parecían grietas sin fondo en el suelo.

Dean Milko creía, a veces, que estaba mirando las cosas como a través de un cristal de aumento. De este modo llegó a pensar, mientras atravesaba por debajo de la puerta para regresar al laboratorio, que todos los objetos habían aumentado mil veces su tamaño natural…

¡Y, por tanto, él era mil veces más pequeño!

¡¡Pero su cálculo matemático era de uno entre cien mil!!

O sea que aún se volvería muchísimo más pequeño. ¿Cómo una hormiga? ¡Muchísimo más! Más pequeño que una amiba, y si alguien deseaba verle, tendría que emplear un microscopio de cien mil aumentos.

¿Y cómo vería él, entonces, los átomos?

Se dijo seriamente que, aun así, le sería imposible verlos.

—Pero la disociación puede continuar más allá de mis cálculos. La tierra se convertirá en un planeta fabuloso. El sol será el astro mayor del universo y el Sistema Solar se expandirá a miles de millones de años luz… ¡Oooh! ¿Tan ilimitado será el poder de este reactor? ¿Acaso no tendrá fin la disociación? ¿Será el cosmos lo suficiente grande como para dar cabida a tanta dilatación?

»Estoy empezando a temer que no fui previsor en mis cálculos. La magnitud de todo este crecimiento me ha desbordado. ¡Y ni siquiera soy capaz de retener la disociación!… ¡Y me encuentro solo en un mundo de fantásticos gigantes!

Sentado en el suelo, abrumado, Dean Milko se sintió dominado por el sueño. Se tendió allí mismo, y cerró los ojos.

* * *

Cuando despertó era de día. No se oía nada, excepto pequeños golpes sordos, producidos por las gigantescas moléculas que poblaban el aire. Bacterias, zoofitos, protozoos, espongiarios, equinodermos, etcétera. Eran animales rarísimos, extraídos de los insondables abismos del microcosmos, muchos de los cuales había visto en los microscopios y reconoció por su forma, pero no por su tamaño. Era un nuevo y extraño ambiente iluminado por una luz azulina y clara.

Comprobó que durante su sueño, el laboratorio había aumentado de un modo fabuloso. A cosa de veinte kilómetros, según él, estaba la puerta. Y el intersticio por el que pasó arrastrándose era ya tan alto como una casa de diez pisos.

Y mirando hacia allá, vio moverse la puerta a una velocidad escalofriante. Aquella altísima pared metálica embadurnada de blanco, áspera y agrietada, se movió hacia él agitando el aire y a sus alados moradores: Un remolino gigantesco lo sacudió todo y el ruido de un huracán pasó sobre su cabeza.

Por fortuna, Dean Milko tenía muchos sitios donde agarrarse. El suelo estaba lleno de asperezas, fisuras y grietas, como si fuese una escollera a la orilla del mar.

Dean Milko vio también aparecer un enorme zapato de goma, y

una pierna que se perdía en la altura, envuelta en una tela de hilos gruesos como troncos de «sequoia». Y aquel pie de Gulliver se movió raudo, describiendo un arco en el cielo de varios kilómetros de largo.

En realidad, el pie del capitán Oberon sólo había recorrido, el ancho de tres baldosas, pero cada una de éstas le parecía un aeródromo.

El hombre apenas si se podía ver en la altura. Era un cíclope enorme, alto como varios Everest juntos, difuminado entre la bruma de la altura, perdiéndose su cuerpo en los límites del infinito.

—¡Eh, estoy aquí! ¡Óigame, escuche!

El capitán Oberon se detuvo. Detrás de él entraron algunas personas más. Y hablaron entre sí. Pero, desde su pequeñez, Dean Milko no podía escuchar sus voces. Dedujo lo que estaría pasando por simple adivinación, puesto que la voz humana había dejado de existir para sus insignificantes oídos.

Se levantó. ¿Cómo habían entrado aquellas personas en el laboratorio? Lo comprendió al ver que al quien se inclinaba a examinar las ropas que él dejó caer ante el reactor de talio. Al correr hacia allá, creyó distinguir las facciones del profesor Ahrenio, un mago de la electrónica, para quien no había mecanismo, externo o interno que se resistiera a la sagacidad de sus circuitos.

Dean fue corriendo hacia donde estaban los enormes zapatos. Gritó, saltó, hizo señas. Pero bien sabía de que todo era inútil.

—¡Bah! —se dijo—. ¿Y si pudieran oírme, qué les iba a decir? ¿Cómo iban a sacarme de este estado?

Luego, entraron y salieron más personas. Hubo pies de todas formas y tamaños. Y era una curiosa experiencia ver aquellas enormes suelas flexibles trazar arcos por encima de él, haciendo temblar el piso como si pasara por allí una división de carros blindados.

Y, de pronto, Milko vio descender sobre él algo aterrador de verdad. La suela de un zapato se cernió sobre él. ¡La vio descender rauda, vertiginosamente! ¡Y pareció que el cielo se desplomaba sobre él!

Por fortuna, cerca había una grieta entre dos baldosas, y en ellas se arrojó Milko, golpeándose la cabeza y la espalda y sintiendo un vivo dolor a causa de la caída.

Evitó ser aplastado, a cambio de sufrir una caída de considerable importancia, aunque, por suerte, la grieta estaba llena de partículas macromoleculares, polvo y tierra, y entre estos fragmentos rodó, sin lastimarse demasiado.

Empero, bajo su peso y el golpe de la caída, una plataforma bastante lisa y transparente, cedió, y de nuevo se vio precipitado al abismo. En esta ocasión, Dean Milko se golpeó bien la cabeza y quedó sin sentido y sangrando.

¡El profesor Dean Milko no podía saber que aquella grieta, entre dos baldosas, en la que había caído, iba a convertirse en su tumba, y su muerte sería, tal vez, más la insólita y horrenda de cuantas se ofrendaron en honor de la ciencia!

Capítulo IX

Llegaron al «International Bank». No fue fácil, sin duda; sin embargo, Dorman Heale supo elegir bien las aceras rodantes que, a velocidad fantástica, según las insignificantes proporciones de los tres microseres, les trasladó pronto a las cercanías.

Abi Rabsari iba con desgana. Y quiso negarse a ir, pero comprendió que Monna Milko necesitaba su ayuda, pese a estar sometida a hipnosis magnética.

En cualquier momento, el influjo podría desaparecer a la muchacha se encontraría desamparada en un mundo completamente distinto al suyo habitual. Era preciso, pues, acceder a los planes del maléfico Dorman y esperar a ver en qué terminaba la aventura.

De momento, Monna se mantenía fiel a las instrucciones de Dorman. Y, con desgana, Abi Rabsari hacía otro tanto.

Había salido de la casa de Abi y caminaron durante largo trecho, hasta llegar al ascensor. Allí, se introdujeron por las enormes rendijas que, a modo de fabulosas cavernas, conducían a la oscura oquedad, y Dorman dijo a Monna:

—Puedes saltar, Udia. Te parecerá que estás cayendo una eternidad, pero no te sucederá nada. Será como si flotases en el aire denso que nos rodea.

Ella obedeció y se dejó caer. El pozo negro era enorme, sin fin, en lo ancho y en lo profundo. Pero los cuerpos parecían flotar en el vacío, sin peso alguno. Así, revoloteando uno en pos del otro, los tres cayeron lentamente, ayudándose con pies y manos para acelerar la caída.

Horas antes, lanzarse al vacío de aquel modo hubiera significado la muerte irremisible. No obstante, ahora, infinitamente más

diminutos que antes, relativamente, claro está, eran como tantos otros corpúsculos de los que merodeaban en el aire.

Al llegar abajo, a la claridad, rebotaron con suavidad en el suelo escabroso, como el de un paisaje rural, agreste y árido, y por allí caminaron, a saltos, hacia la calle.

Eran tan diminutos que las suelas de las gentes, pisando sobre ellos, no les hacían ningún daño. Veían, de pronto una fabulosa suela caer, y entre las escabrosidades del suelo se ocultaban tan libremente como si fueran individuos normales. Tampoco escuchaban el ruido de las voces, pero sí algunos sonidos demasiado agudos de las máquinas.

—No me guardes rencor, Consejero —dijo Dorman, acercándose a Abi y palmoteándole la espalda—. De no haber sido por mí, jamás habrías vivido esta curiosa experiencia. ¿No es fantástico ver un mundo de tales proporciones?

—Sí, lo es. Pero ¿ha pensado usted en las consecuencias?

—Nada temas, Mi fiel Tanaak destruirá el reactor de talio del profesor y recobraremos la estatura perdida. Para entonces, las cajas acorazadas del «International Bank» ya habrán sido vaciadas.

—¿Cómo piensa hacerlo? —preguntó Monna.

—Muy fácil. Iré hasta los mecanismos interiores. Abi Rabsari me indicará dónde están instalados. Una vez dentro de ellos, los desconectaré y abriré todas las puertas.

—Me temo que eso no será tan fácil —contestó Abi—. Es tanto como intentar levantar una moneda del suelo. ¿Cree que podrá?

—: Yo no tengo que levantar nada. Eso lo hará Tanaak. Me limitaré a desconectar los dispositivos de cierre de seguridad. Eso será fácil. Con amontonar moléculas ante el rayo de una célula fotoeléctrica quedará cortado el circuito. Lo demás se hará solo. Tenemos todo el día para trabajar… Espero que me ayudaréis, ¿verdad?

—Yo, sí —dijo Monna—. Estoy disfrutando lo indecible.

—¡Pues yo, no! —contestó Abi, tajante.

—No seas terco o te pesará, Consejero —dijo Dorman.

No hablaron más hasta que llegaron al ingente edificio que para ellos se había convertido el «International Bank», de Nueva Melbourne. En medio de la dilatada plaza, mirando a lo lejos, aquella especie de templo de acero polícromo, con cientos de

personas entrando y saliendo —¿de personas? ¡No, por Dios, de fabulosos gigantes que se movían agitando violentamente el aire!—, los tres «microhomídos» se consideraban como granos de arena en medio del Sahara.

El más animoso era Dorman, sonriente siempre y jocoso.

—¿Veis? Somos tan pequeños que podemos apoderarnos de todo sin que nos vean. Puedo subirme al ojo de un agente y hacerle lagrimear, pero no lo haré. Cada uno que vaya a lo suyo. Yo me limitaré a entrar por los agujeros más pequeños… ¡Y esta noche, mi fiel Tanaak, sacará del banco todos los créditos que haya en sus arcas!

—¿Y no ha pensado usted que su cómplice puede traicionarle, señor Heale? —preguntó Abi, para mortificar a su raptor.

—¿Traicionarme Tanaak? —repitió Dorman riendo a mandíbula batiente—. ¿Por qué había de hacerlo? ¡Sin mí no es nada! ¡Un insecto, un…!

—¡No, señor mío! —reiteró Abi—. El insecto es usted. Él bien puede tomar los créditos cuando tenga las cajas arriba y las puertas abiertas y marcharse con el dinero, dejándole a usted convertido en lo que es ahora.

El rostro de Dorman se demudó. Su boca se crispó en una mueca diabólica y luego saltó hacia Abi, dispuesto a echarle las manos al cuello y estrangularlo.

Pero Abi Rabsari empezaba a no ser el mismo. Había llegado el momento de luchar y lo hizo. Así, cuando el otro estuvo a su alcance, le golpeó con saña, fieramente.

Y ocurrió un curioso fenómeno. Como si ambos carecieran de peso, el encontronazo les hizo saltar en sentido contrario, revoloteando por el aire y chocando con las macromoléculas que lo invadían todo.

Monna gritó y corrió hacia Dorman, para ayudarle. Mas, de repente, se detuvo y se llevó las manos a la cabeza, mientras los otros rodaban sobre sí mismos, distanciándose varios milímetros, ¡que para ellos representaban varios metros!

Luego, murmurando incoherencias, Monna se dejó caer de rodillas y se mesó los cabellos, gritando de dolor. Se tornó pálida, tembló y miró primero hacia Dorman y luego hacia Abi.

Y entonces ocurrió lo fantástico. De labios de la muchacha se

escapó un grito de reconocimiento:

—¡Abi, amor mío!

* * *

Aquel fenómeno que tanto sorprendió a Dorman Heale no obedecía a causas fortuitas, ni mucho menos. Se trataba, sencillamente, que los agentes de Seguridad Social habían localizado el autobólido de Tanaak, situado en un aparcamiento próximo al piso de Abi Rabsari, y en su interior encontraron un emisor de ondas hipnótico-magnéticas que estaba funcionando.

¡Y al ser desconectado, Monna Milko dejó de sentir la influencia que las ondas ejercían en su mente, haciéndola creer que ella era otra mujer!

Esto era todo.

Por tal motivo, al recibir el cambio neuromental que la devolvía a su estado real, Monna sufrió un *shock* y sólo pudo reconocer a Abi Rabsari, su prometido. Luego cayó sin sentido.

El joven consejero corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. Y también acudió Dorman, ahora provisto de un recio palo que había recogido del suelo, y que no era más que una insignificante brizna.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Dorman, alzando su arma sobre la cabeza de Abi.

—¿Y yo qué sé? —respondió éste—. Sólo sé que me ha reconocido… Y no pretenda golpearme con eso o la reacción le lanzará lejos de aquí. Es mejor que se marche, Dorman Heale. Déjenos en paz. Ni yo puedo hacerle daño ni usted tampoco a mí. Y con amenazas no me asustará… ¡Vaya, vaya al banco y haga lo que quiera allí! ¿No me oye? ¡Déjenos ya en paz! ¡Bastante daño nos ha causado ya!

Dorman Heale comprendió la verdad que había en las palabras del joven consejero y decidió prescindir de él. Pero le dolía tener que dejar a Monna.

«¿Qué ha sucedido con el emisor de ondas? ¿Lo habrá desconectado Tanaak? ¿Será cierto que pretende traicionarme? ¡No, no lo hará! Pero… ¿Y si le han capturado?».

Esta pregunta le aterró hasta lo indecible.

Si Tanaak había sido capturado por los agentes de Seguridad, el

profesor Milko podría ser advertido de lo que estaba pasando y quizá desconectara su reactor de disociación atómica.

—No, es imposible —dijo en voz alta Dorman—. Tanaak cumplirá. Quizá la recuperación de Monna Milko se deba a otras causas que no puedo saber ahora… Bueno. No me preocuparé, de momento. Continuaré adelante con mi plan. Quizá pueda conseguir que este imbécil me acompañe… ¡Y aunque Monna deje de estar bajo mi influencia, puedo obligarla a venir conmigo!

Con interés solícito, Dorman se arrodilló también junto a la muchacha.

—Respira bien —dijo a Abi.

—Sí. Sólo está desmayada. ¿Qué le hizo usted para hacerla creer que era otra?

—Sólo hipnotizarla. Ya te lo dije. Se ve que el emisor se ha desconectado. No me guardes rencor, amigo mío. Te ayudaré a llevarla hacia algún sitio. Creo que en el banco la atenderemos mejor. Sólo hemos de cruzar la plaza. Allí, en el bar, encontraremos algo para darle. Una molécula de tónico la estimulará.

Sin responder, Abi levantó a Monna de las piernas y Dorman la levantó de los brazos. Juntos, avanzaron con su preciosa carga durante lo que fueron realmente horas, saltando a veces para salvar desniveles del terreno, brechas y grietas sin fondo, al parecer, hasta que, a media tarde llegaron al interior del banco.

Fue entonces cuando Monna dio muestras de recobrar el sentido.

—Iré a ver si puedo traer algún tónico, aunque sea haciendo cazoleta con las manos.

—No se moleste usted tanto, señor ladrón de bancos —replicó Abi, mordaz—. Yo me ocupare de Monna. No pierda el tiempo y vaya a ver si puede robar un solo céntimo. Le deseo muchísima suerte.

—¿Te burlas, desgraciado?

—¿Y por qué no? Le voy a decir algo, Heale. Dentro de poco cerrarán las puertas del banco. Luego saldrán los empleados y se quedará usted solo con los vigilantes. Ninguno puede verle… ¡Vaya, pues, y suerte! ¡A ver si tenemos nosotros también un poquito y no le volvemos a ver jamás!

Furioso, Dorman Heale dio la espalda a la pareja y se alejó a buen paso.

En aquel momento, Monna pareció recobrarse del todo, pues miró fijamente a su novio y le preguntó:

—¿Qué ocurre, Abi? ¿Dónde estamos? ¿Qué mundo extraño es éste?

—Cariño, hemos sido objeto de una conspiración. Ese canalla de Dorman te hipnotizó, para llevarte consigo. A mí me rapto en mi propia casa, con ayuda del profesor Ruhmkorff y de otro malhechor. Nos inyectaron el antidisociador descubierto por tu padre y mira lo que ha ocurrido en veinte horas… ¡Ha crecido todo tanto, o nosotros nos hemos empequeñecido, que éste es el mundo en que habitamos ahora!

—¿Tan pequeños? ¡Yo te veo igual…! ¿De qué te has vestido?

—Aunque te parezca algodón sucio, esto es, polvo Una esponja de pelusilla, igual que tú.

—¿Y cómo es que no me he dado cuenta de nada?

—Debido a la influencia hipnótica, te creías otra mujer. Y has cooperado con Dorman Heale, no sé por qué. Esa mujer, Udia Laza, parecía tener algún interés en esto. Creo que Dorman experimentó primero con ella y luego la mató.

—¡Cielo santo! ¡Ese hombre es un criminal, un monstruo! ¿Cómo es posible eso?

—Parece ser que el «benigno» Heale ha escapado siempre a todo control de las fuerzas de seguridad.

—¿Y va a permitir Dios que ese hombre cometa tanta maldad? ¡Tiene que recibir el castigo que merece! ¡Hemos de avisar a alguien, hemos de hacer algo!

Abi expresó su desaliento con una mueca.

—¿Y qué podemos hacer? Nadie nos oye, nadie nos ve… Rodeados de gentes, estamos inmersos en un mundo completamente aparte del nuestro. Somos como esas moléculas de polvo que flotan alrededor nuestro… ¡Seres infinitesimales!

* * *

Dorman Heale caminó, a saltos, hacia el fondo del vestíbulo del «International Bank». Allí, en salas reservadas al personal humano y robótico, empleados del banco, estaban las dependencias auxiliares. Detrás, lo sabía por haberlo visto en los planos del edificio, estaban

las sólidas compuertas que conducían a los ascensores neumáticos que iban hasta las cajas.

Mejor dicho. Esto lo ignoraba Dorman Heale. Pero la verdad era que los cajeros no descendían a las cajas fuertes, sumergidas en campos radiactivos a mil metros de profundidad, sino que eran las cajas las que ascendían hasta las compuertas. Pero había una cámara, la llamada «X», en la que los dispositivos ultra secretos hacían funcionar, mediante claves especiales, los resortes para hacer subir las cajas y abrirlas.

Y hacia la cámara «X» se dirigió Dorman, metiéndose por estrechas rendijas que no tendrían ni una diezmilésima de abertura, y por las que era imposible introducir ni siquiera un papel.

Pero él se metió y estuvo saltando sobre toboganes de cobre, circuitos y cruzando fusibles, «relais» y émbolos electrónicos, entre válvulas y cables de un grosor espantoso —como de veinte o treinta metros de diámetro, cuando en realidad eran simples cables de cobre forrados de plástico— hasta llegar al mismo corazón de aquella complicada máquina electrónica.

Estaba envuelto en luces eléctricas de todos los colores del arco iris, y un intenso rayo de luz blanquísima incidía sobre una ranura no muy ancha.

¡Aquél era el conmutador de iones!

—¡Esto es! —gritó Dorman, satisfecho—. En cuanto acumule aquí toda la basura que pueda recoger, el rayo de luz dejará de pasar por la ranura y se disparará el resorte. ¡Tengo que trabajar aprisa!

Dorman Heale no era tonto. Sabía bastante electrónica para haberse introducido allí, y no le asustaba su pequeñez. Él había visto circuitos semejantes en su existencia normal y conocía su tamaño. Verse ahora dentro de aquel objeto no le amedrentaba. En realidad, desconocía el miedo y toda su vida se había caracterizado por un desafío a toda ley y a toda razón. La audacia más desesperada le había guiado siempre.

Ahora, continuó viviendo como antes.

Pero hubo de trabajar con denuedo, recogiendo partículas de polvo y transportándolas a la ranura donde incidía el rayo de luz intensa.

Al cabo de lo que le parecieron horas, sudoroso y cansado, vio

que la retícula estaba casi obstruida. Y de pronto, oyó un chirrido. Una válvula se apagó y se corrió un dispositivo que, a modo de cerrojo, efectuaba otro contacto.

—¿Y qué ha pasado ahora? —se preguntó—. Debo salir de aquí para comprobarlo.

Salió, sorteando cuantos obstáculos halló en su camino, hasta escapar de la caja de circuitos. Saltó al vacío y estuvo revoloteando hasta alcanzar el suelo.

Mientras caía, vio venir a uno de los vigilantes, que quizá había sido atraído por algún timbre de alarma que él no podía escuchar. Y también acudieron nuevos vigilantes, todos armados. Dorman los vio, arriba, en el infinito, haciendo gestos.

—¡Vaya, parece que algo no ha ido bien!

Pero, unos minutos después, se corrieron algunas grandes puertas y, aunque él, de momento, no lo supo, las cajas de seguridad se abrieron ante los estupefactos vigilantes del banco.

Dorman saltó hacia la más próxima y atravesó el umbral agarrado a las hilachas del pantalón de un vigilante. Luego, se desprendió, saltando de nuevo, cuando el sujeto giró sobre sí mismo al mirar alrededor.

Y, por primera vez, en torno suyo, Dorman vio las cajas, las hileras de gigantescas cajas que contenían los créditos de platino.

—¡Ah, lo he conseguido! ¡Ya estoy dentro de la cámara de seguridad! ¡Y todo esto es dinero, al alcance de mi mano!

Corrió hacia el muro de cajas y saltó hacia una fisura que vio en la que estaba debajo de todas, junto al suelo. Era una caja enorme, de cien o doscientos metros de altura, metálica, con inscripciones tan enormes que apenas pudo leer. Pero, al entrar por la fisura y recorrer un largo trecho, vio la compacta masa de créditos de platino, escondidos en la más profunda oscuridad.

—¡Esto es! ¡Ahora me pasearé por aquí un poco! ¡Tanaak no tardará en venir! Apuesto a que ya habrá abandonado su escondrijo en los lavabos y vendrá aquí con las herramientas. No oiré sus disparos eliminando a los centinelas, pero llevará la lente de aumento y me buscará… ¡Ah, qué gran día!

Apenas podía pasar entre el pequeño hueco que dejaban los créditos de platino marcados con la cruz roja y el emblema del gobierno de Australia.

¡Y allí empezó a notar Dorman que su cuerpo empezaba a hacerse grande paulatinamente!

* * *

En aquel mismo instante, en el laboratorio de Powell Creek, el profesor Dean Milko abría los ojos. Se sentía aprisionado entre dos muros.

Al mirar en torno suyo vio las asperezas de la rendija entre dos baldosas en donde había caído. Sintió un fuerte dolor en la cabeza. Y, al tocarse, vio sangre en sus manos. Se dijo que debía ser del golpe de la caída.

No obstante, le era difícil comprender cómo había podido filtrarse en el lugar donde se encontraba ahora, aprisionado materialmente contra las lacerantes prominencias irregulares de ambos muros. En torno a él había mucha suciedad, enormes piedras pardas, bacterias, larvas, residuos amorfos y gérmenes vivos que se movían.

¿Qué estaba ocurriendo?

Intentó debatirse, sin conseguirlo. Los muros de la grieta le iban comprimiendo más y más, y sentía una gran sofocación. Pero las aristadas asperezas continuaban clavándose en sus carnes desnudas.

—¡Socorro, amigos! ¡Ayudadme! —gritó, desesperado.

Más, al instante, comprendió que nadie podía oírle.

Y la desgarradora verdad empezó a perfilarse en su mente: ¡la disociación atómica había terminado por algún extraño motivo y todo volvía a recobrar su estado primitivo!

—¡Estoy salvado! —exclamó, entonces, radiante.

Pero su alegría duró poco, transformándose de inmediato en una angustiosa desesperación. Le era imposible escapar de aquella prisión. No podía escapar de la trampa en la que él mismo se había metido.

Un sombrío panorama se dibujó en su mente. Cuando los átomos fuesen disminuyendo, él aumentaría de tamaño. ¡Y estaba aumentando, realmente! ¡Por esto se encontraba aprisionado entre los angostos muros de una grieta entre dos baldosas de acero-cemento!

—¡No, no! —gritó, aterrado—. ¡Sacadme de aquí! ¡Auxilio, no

me dejéis morir de este modo tan horrible! ¡Capitán Oberon, ayúdeme!

Todo inútil. La presión de los muros que le oprimían era ya insufrible. Su cuerpo desnudo estaba materialmente prensado. Ahora le llegaba el turno a su cabeza.

—¿Es que no van a ceder estas baldosas? —se preguntó, con la angustia reflejada en sus ojos, en su boca y en su rostro todo.

No. Era imposible. Las baldosas no podían ceder.

Y, pese a todo, el cuerpo de Dean Milko había de aumentar cien mil veces. Así lo había calculado él mismo.

Y aumentó, sin duda alguna.

Diez horas después, de entre la estrecha grieta de las dos baldosas, en el vacío laboratorio, empezó a fluir un líquido rojizo que se fue extendiendo lentamente, lentísimamente, sobre el piso, hasta llegar a formar un verdadero charco de sangre.

¡Pero de Dean Milko no se volvió a saber nada más!

* * *

La otra víctima de su propia ambición fue Dorman Heale, cuya muerte se produjo casi en idénticas condiciones y al mismo tiempo, que la del profesor Milko.

Cuando Dorman vino a darse cuenta de lo que ocurría, su cuerpo ya no pudo salir de entre los créditos de platino entre los que se había metido para recrearse con su triunfo. Le fue preciso encogerse, reptar y avanzar hacia la fisura de la caja, para intentar escapar. Y no pudo llegar. Al disminuir la anchura de aquella lisa gruta por la que intentaba deslizarse, sus movimientos se hacían más lentos, más torpes.

La desesperación le embargó, gritó, pataleó… ¡Y nada! ¡Al poco estaba aprisionado entre el suelo y el techo de las planchas de platino! ¡Y la presión iba en aumento!

Sintió crujir sus huesos y vio una imagen descarnada ante él mirándole sonriente. ¡Era la muerte que le esperaba!

—¡No! —chilló—. ¡No quiero morir así! ¡Ayúdame, Tanaak; estoy aquí, dentro de esta caja! ¡Sálvame!

La muerte acentuó su sonrisa. Y el techo seguía oprimiéndole tenazmente. Se asfixiaba, estaba muriendo…

¡Y murió!

Pero a Dorman Heale no le cupo la suerte de fallecer en aras de la ciencia. Murió aplastado, entre dinero… ¡El vil metal que tanta sangre ha derramado!

Horas después, su sangre también se escapaba por las rendijas de la caja…

EPÍLOGO

¿Qué había sucedido en realidad?

La respuesta no la supo jamás la humanidad, ni siquiera los protagonistas que vivieron aquellos días de intenso dramatismo. Pero había explicación, y ésta se encontraba en un mundo remotísimo, en los confines de la Galaxia.

Aquel mundo, por llamarlo de algún modo, era
«G'mix».

En él ya no vivían seres humanos. Murieron hacía, centenares de siglos, pero quedaban máquinas perfectísimas que se reproducían a sí mismas en una progresiva y constante evolución.
«G'mix»
había tenido una curiosa historia que no pertenece a este relato. Pero una de las archiperfectas máquinas de aquel mundo fue la que puso el contrapunto final a la curiosa historia que había tenido lugar en la Tierra.

Aquella máquina tenía un número, muy largo e intraducible por sus extraños guarismos. También tenía una función astronómica que cumplir, puesto, que la supervivencia de
«G'mix»
dependía de esa función.

Y la máquina, fiel, ciega, sin alma, actuó, accionando esotéricas derivaciones al «intuir» la señal de peligro algo semejante a un reloj, con miles de engranajes y conectado a «electro computadores» le dio la alarma, indicándole que un proceso de expansión universal estaba en marcha procedente de un mundo remoto.

La máquina se movió. Y entre sus millones de células fotoeléctricas hubo una que osciló un poco, cerrando un circuito. Inmediatamente, aquella máquina puso en marcha otras, que

permanecían paradas desde el momento en que fueron construidas. A su vez, una gigantesca pantalla radioscópica empezó a emitir extrañas ondas magnéticas de un poder asociador fantástico.

Y con una velocidad infinitamente superior a la de la luz, los rayos invisibles surcaron el cosmos en dirección hacia donde la onda atómica expansiva amenazaba con crear un desequilibrio universal que ya había desquiciado el extraño mundo de
«G'mix».

¡Eran rayos que partían a impedir la disorción atómica que había sido detectada en el sistema
«25-h.
kl.
345 619
-B», sigla que en la nomenclatura de
«G'mix»
y sus hombres máquinas correspondía a la vía Láctea!

Éste era la explicación.

¿Sencilla? Bueno, no podía ser otra.

* * *

Y en el vestíbulo de acero rojo del «International Bank», de Nueva Melbourne, a donde acudieron agentes del Servicio de Seguridad y altos jefes de la entidad, empezó a surgir, como de la nada, una parejita cuyo aspecto hizo quedarse boquiabiertos a muchos de aquellos hombres.

Inmediatamente se dio orden de que fueran recogidos y llevados al Hospital General de la metrópoli, donde los médicos los estudiarían.

Eran Abi Rabsari y Monna Milko, que gritaban y gesticulaban para hacerse oír, intentando explicar a la gente que les rodeaban, estupefactos, lo que había sucedido.

Y en el hospital, a medida que fueren creciendo, recobrando su aspecto normal, y metidos en camitas que pronto fueron pequeñas para ambos, Abi pudo explicar muchas cosas.

Nadie les hubiera creído. Y nadie los creyó, salvo la policía de Seguridad, que se hizo cargo de ellos cuando tenían el tamaño de dos muñequitos.

Horas después, ya restablecidos totalmente, se les sometió a un tratamiento de hipnosis magnética y la verdad surgió de sus mentes, yendo a proyectarse en forma de imágenes fantasmagóricas en el muro blanco de la estancia en la que habían sido internados.

Era una verdad increíble. Pero el jefe de Seguridad Social que sustituía al fenecido coronel Malo Kan la creyó. ¡No podía dudar de lo que vieron sus ojos, por muy absurdo que fuese!

—Gracias, señor Abi Rabsari —dijo aquel hombre—. Ahora les devolveremos a ambos su libertad de pensamiento. Confío en que puedan ustedes olvidar lo que han visto.

—¿Qué nos aconseja usted? ¿Cree conveniente que nos sometamos a tratamiento para olvidar tales horrores?

—No sé qué decirles. Quizá sea conveniente. Ahora sabemos cómo ha muerto su padre, señorita Milko, y el hombre llamado Dorman Heale, el cual no hemos podido averiguar quién es ni de dónde ha venido.

Así fue como de las mentes de Abi Rabsari y de Monna Milko se «lavó» científicamente lo horrendo de aquella pesadilla, volviendo ambos a ser lo que habían sido antes.

Detrás de ellos, empero, quedaba la historia de Dorman Heale y su insaciable codicia, su amor a la aventura y su maldad. Bien caro lo había pagado.

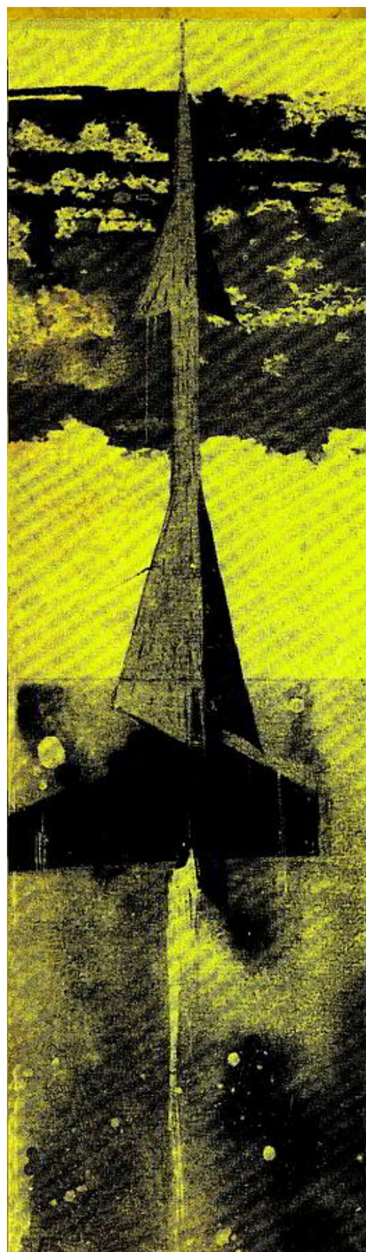
Aunque por todo ello, el «International Bank» hubo de lavar con agua y jabón gran número de créditos de platino que se habían ensuciado con su sangre.

Abi Rabsari y Monna Milko se casaron meses después. El fue ascendido a inspector del «International Bank» y enviado a la Central, en Madrid-Spain, donde fueron ambos muy felices…

¿Qué más podía sucederles, si ignoraban por completo lo que les había ocurrido?

Así debería suceder con toda horrible pesadilla, ¡que no quedase ni vestigio de ella!


FIN



Los hombres morían en aquella base avanzada, porque alguien había infiltrado en la mente del asesino...

LA FURIA DE TITÁN

Próximo número.

Autor:
CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927 — Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.